

Rufino Félix Morillón

TORRENTE INCESANTE

Antología poética
(1988–2021)



Rufino Félix Morillón
TORRENTE INCESANTE

Antología poética
(1988–2021)

Rufino Félix Morillón
TORRENTE INCESANTE

Antología poética
(1988–2021)

Selección de Francisco López–Arza Moreno

Prólogo de Moisés Cayetano Rosado

|FUNDACIŌN**CB**

© De los textos: los autores, 2022

© De esta edición: Fundación CB, 2022
C/ Pablo Sorozábal, s/n. 06006 Badajoz
Teléfono (+34) 924 17 16 18
contacto@fundacioncb.es – www.fundacioncb.es

Depósito legal: BA-224-2022
I.S.B.N.: 978-84-09-39993-2

Esta Fundación no se hace responsable de las opiniones vertidas en la presente publicación ni de cualquier tipo de error que la misma pudiera contener.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño y maquetación: linea4.eu
Impreso en España – Printed in Spain

Llega a nuestra casa, Fundación CB, la poesía de Rufino Félix Morillón. Y lo hace con “Torrente incesante. Antología poética 1988-2021” de la mano de nuestro querido e inquieto colaborador Moisés Cayetano Rosado.

Rufino Félix Morillón nació en Mérida en 1929, algo que le convierte en parte de esa legión de personas que son patrimonio de nuestra Fundación: “la fundación de la gente”.

Rufino Félix es hombre de voz pausada y de una experiencia vital al que reconforta escuchar. En una ocasión, le escuchábamos definir la forma en la que llegó a la poesía “Siempre he leído mucho, mi familia es muy lectora pero cuando vi que un compañero conquistó a una chica a través de la poesía dije que yo tenía que hacer lo mismo”.

El catedrático Francisco López Arza ha comentado que “Rufino Félix ocupa un lugar de privilegio en la poesía extremeña; sus poemarios son auténticos, con versos que se graban para siempre, de una riqueza léxica exquisita y un sentido del ritmo delicado y nostálgico, que vibra ajeno a modas de época para alzarse con una obra intemporal”.

También señala Antonio Salguero Carvajal, Doctor en Filología Hispánica, que “Rufino Félix ha construido un mundo poético, cuyo centro lo ocupa Mérida (para él, “un estado del alma”) y, sobre todo, lo llena “aquella Mérida que abarcaba con mis brazos y me cabía en el alma”, como declara en “Paseo en la amanecida” de su Reloj de arena, libro donde recoge entrañables vivencias, que son un ejemplo de sincero aprecio por su lugar natal”.

Finalmente, Moisés Cayetano Rosado, alma de esta publicación, escribe que “Rufino Félix es hoy en día el más im-

portante poeta vivo que tenemos en Extremadura, y una de las voces más personales, contundentes y firmes del panorama poético español”.

¿Necesitan más argumentos para sumergirse en la lectura del libro que tienen entre sus manos? Nosotros pensamos que no. ¡Disfrútenlo!

Fundación CB

ÍNDICE GENERAL

Rufino Félix Morillón. La suma elegancia de un poeta esencial.....	11
Poemas escogidos.....	17
Antología poética.....	25
Epílogo.....	235
Índice de poemas.....	237

RUFINO FÉLIX MORILLÓN. LA SUMA ELEGANCIA DE UN POETA ESENCIAL

Rufino Félix Morillón es hoy en día el más importante poeta vivo que tenemos en Extremadura, y una de las voces más personales, contundentes y firmes del panorama poético español. Nacido en Mérida en 1929, viene a ser el continuador de la brillante trilogía que formaban Jesús Delgado Valhondo, Manuel Pacheco y Luis Álvarez Lencero, con los que se llevaba respectivamente veinte, nueve y seis años.

Pero mientras aquellos comenzaron a ofrecer los libros de su obra poética en plena juventud, el primer volumen de Rufino Félix Morillón aparece cuando el autor tenía ya 59 años, en 1988. Sin embargo, a partir de entonces, sus publicaciones se harán habituales, habiendo editado hasta la actualidad 18 libros. Eso sí, poesías sueltas han aparecido con frecuencia, desde su primera entrega en el Periódico HOY el uno de septiembre de 1951, sin dejar de difundir desde entonces poemas en periódicos, revistas de todo tipo, opúsculos y añadidos inéditos a sus Obras Completas.

Y si ya, desde aquel primer libro de 1988 (*Tarde cerrada*, publicado en la colección “Poemarios Kylix” de Badajoz) llamó la atención su calidad poética, la pureza del lenguaje, su elegancia rítmica, las metáforas tiernas y profundas, será en 2002 cuando se asista a su consagración, en el noveno de

sus poemarios, *Las ascuas*, que obtuvo el prestigioso *Premio Ciudad de Salamanca* el año anterior.

Esos nueve libros, más una extensa selección de poemas sueltos, serían publicados por el Ayuntamiento de Mérida en 2003, formando el volumen: *El tiempo y el mar. Obra poética (2003)*, de 685 páginas, en edición crítica del profesor Francisco López-Arza Moreno, el mismo que se encarga de la segunda entrega (*2020*), de similares dimensiones y el mismo editor-patrocinador.

¿Qué decir de la obra de Rufino Félix Morillón que no hayamos expresado críticos, comentaristas, lectores y fieles admiradores de su poesía? Pues volver a reafirmarnos en que estamos ante una de las voces más poderosas, arrolladoras, atractivas, de la poesía contemporánea. Sí, ante los versos más rítmicos, melodiosos, atemperados, jugosos, ricos en musicalidad, elegantes en la expresión, íntimos y a la vez fraternalmente humanos que encontramos en la actualidad.

El poeta vuelca en sus versos un mundo interior riquísimo en imágenes, poblado de vivencias, amoroso en los paisajes en contempla, en el mar que le es siempre tan querido, en el recurso permanente a la niñez perdida, a la belleza juvenil, al tiempo que se escapa, a la continua despedida. Desnuda los versos de ropaje innecesario, siguiendo siempre el consejo de Juan Ramón Jiménez, para mostrarlo puro, con la palabra exacta, con el vocablo siempre lleno de elegancia, con un mirar sublime, sublime sin interrupción, como diría Charles Baudelaire.

Me llama especialmente la atención ese recurso permanente al brillo de la vida juvenil y a la inquietante despedida conforme los años pasan y se escapa el futuro, que tan in-

tencionadamente está expuesto incluso en los títulos de sus poemarios, y/o presentes frecuentemente en sus versos:

Tarde cerrada (1988), que se abre diciendo: *Se ha cerrado la tarde/ y aún no tengo ordenados mis recuerdos*, para rematar ese primer poema de este libro premonitorio hablando de sus pasos *cercanos ya al confín de la andadura*.

Crestería de la sal (1990), donde enlaza el mar, su agua perdurable con el deseo de una remembranza que se escapa.

Consumación del tiempo (1991), ese tiempo que se consume y nos consume, como en *Párpado de espumas* (1992), lleno de recuerdos, de nostalgia y tiempo que se va.

En *La voz distante* (1994), palpa la fugacidad: ¡Fue todo tan fugaz!. O *Memoria de la luz* (1998), en donde a la manera de “La casa encendida” de Luis Rosales se explaya en la añoranza:

*La casa está dormida;
se han callado los pasos y las voces
que la hicieron ayer
fecundo pálpito,
cálido territorio con umbrales de luz
por donde fue llegando
la pujanza del día*

En los *Versos recobrados* (2000) los recuerdos volverán porque *La casa ya no existe/ pero yo aún vivo en ella*. Recuerdos que llenan *Las aguas litorales* (2001) en las que *La larga travesía/ ha agotado mi esfuerzo*. Con ello, en *Las*

ascuas (2002) que se apagan lentamente, va del aire niño a la niebla: *Ahora, sólo la niebla/ cubriendo de abandono/ el hombre anochecido.*

Y así, con una infinita elegancia, una limpieza en el verso que nos envuelve en la belleza de la forma y hondura de contenido, en *Las puertas de la sangre* (2005, Premio Ciudad de Badajoz) contempla serenamente la vida que transcurre. En *La soledad de las arenas* (2007) lo hace con el agua y la luz que se escapan. *El aire verdecido* (2008) será ardiente en ensueños y recuerdos.

La entrega inquietante de *La granazón del frío* (2010) nos ofrece poemas tan impresionantes como “Carpe Diem”, que es todo un tratado sobre el tiempo que pasa y nos rebosa:

*Salió a la calle, y allí seguía la vida
afanosa y alegre,
el rumor codiciado de las voces hermosas,
las sonrisas, los besos...
Se sumergió en el aire
gozoso del reencuentro
olió la flor,
la música cercana de los pájaros
ensoñeció sus ojos, fue feliz.*

¡Esa *Mies encendida* (2012) donde siente cómo *Bajan las aguas últimas/ por mi vaciado pecho; ese Como un adiós de seda* (2014) que le sucede y donde *Escribo estas palabras/ ahora que ya la noche/ da reposo al fragor!* El torrente de los tres últimos títulos, que todo lo revelan: *Y el alba* –que

ya– *no vendrá* (2017); la despedida en esa *Puerta del adiós* (2019), donde *tu cuerpo va adentrándose/ en el doliente mar/ por el río que se extingue*, y finalmente el *Reencuentro* (2019) con un visitante que es él mismo tras largo recorrido por la vida:

*Ven conmigo
reposa entre mis brazos
tu cuerpo fatigado,
antes de que prosigas
tu errante caminata.*

En sus últimas composiciones –hasta ahora inéditas–, hay un poco de todo: de las eternas inquietudes de un testigo y protagonista de la vida, de un amante del mar, la música, el baile, la naturaleza, las ciudades que visita... Aunque recae de nuevo: *La verdad del azogue/ se hace nieve/ y va cuajando en crudo ventisquero*, para luego remontar, porque *Quien lee poesía/ busca gozar momentos/ de esplendor*. Esplendor poético al cerrar el segundo volumen de sus poesías completas editadas por el Ayuntamiento de Mérida (bajo ese título tan identificador de su poesía: *El tiempo y el mar*) en un “haiku”, lanzando el mensaje del sentido de su existencia: poeta, poeta eterno, de calidad irrefutable.

Por todo ello, poner a disposición de los lectores una antología de toda su grandiosa obra, tan extensa e intensa, resulta especialmente emotivo para los que a lo largo de los años hemos seguido su producción, tan volcánica. Que Francisco Luis López–Arza García–Mora y Francisco López–Arza Moreno se hayan encargado de la selección y el estudio introductorio nos complace especialmente, por su

dedicación sostenida en el tiempo y por su contribución al conocimiento riguroso de la poética de Rufino Félix Morillón. Que la Fundación Caja Badajoz haya acogido, patrocinado, publicado esta *Antología*, constituye otra prueba más de su compromiso con los valores artísticos, literarios, culturales de nuestra tierra. Y para mí, resulta especialmente grato contribuir al conocimiento y reconocimiento de tan alto escritor.

Moisés Cayetano Rosado

POEMAS ESCOGIDOS
(1988–2020)

RUFINO FÉLIX MORILLÓN

I

La lectura de *Galerías, soledades y otros poemas*, en su primera redacción de 1907, afirmó a Rufino Félix en su condición de poeta. No es de extrañar semejante acto de reconocimiento, pues de Antonio Machado parte una de las líneas fundamentales que traza la lírica castellana desde entonces: La corriente simbolista y elegíaca del siglo XX nace bajo el signo de Antonio Machado; e impregna los inicios del verso de Rufino Félix, si bien su formación literaria, como ávido lector, ha resultado ser amplísima: desde los clásicos a los modernos.

Mas esta presencia de Antonio Machado solo representa su filiación; el punto de partida de su impulso creador, el que surge con *Tarde cerrada* (1985), si bien a partir de este emprenderá una evolución que le aleja del plano circunstancial con vistas a depurar conceptualmente su estilo. Y así *Crestera de la sal* (1990) constituye un paso decisivo, que marcará su poética en adelante, derivándola hacia unos moldes de

absoluta originalidad, al margen de las voces y de los ecos. Rufino Félix posee la excelencia de haber logrado diseñar un registro estilístico propio, y un idiolecto propio (*andadura, calle, torrentera, virginal, recalada, naufragio, amaneciente, singladura...* suenan a una poética singular)

No obstante, nunca renegará de su primer verso, pues en *Tarde cerrada* (1988), en gran medida, ya muestra de forma inequívoca los anclajes de la futura armazón lírica, pues –a pesar de su novedad– ya contiene las claves de toda la corriente posterior, que de ahí nace, y que va a madurar durante el dilatado devenir de las décadas siguientes, creciendo con una regularidad y con una capacidad creadora admirables.

Una regularidad de la que da buena cuenta nuestra antología, al recoger una riquísima gama de asuntos y recursos retóricos:

Por una parte, el amor, el tiempo, la ausencia definitiva y el olvido, el mar, la poesía (Erza Pound, Leopoldo Panero), el esplendor de la belleza, la pérdida de los seres amados, la tierra (Extremadura, Mérida), el exilio del paraíso perdido, el retorno constante a la infancia, el binomio finitud–permanencia, el dolorido sentir...

Por otra parte, múltiples formas métricas (junto al verso libre, el soneto, el romance, la copla; desde el hexasílabo al alejandrino); un inmenso plantel de estructuras rítmicas asociadas a la cambiante melodía del verso (unas veces reflexivo, otras gozoso, esperanzado, o desengañado, melancólico; o dramático); y una gran variedad de formas estilísticas (la descripción, o el esbozo narrativo que dan pie a la meditación en esos poemas de transeúnte en los que el protagonista poético desde su vagar por la geografía se evade en el tiempo)

II

Mas si tuviéramos que reducir la vastedad de este cosmos poético a una sola expresión, que condensase su esencia más pura, posiblemente acudiríamos a dos imágenes: Una sería la de *la tarde*, su imagen más temprana; la otra vendría después, *el mar*, al publicarse *Crestería de la sal*, poemario con que acabó de colocar sobre el tablero las principales piezas de la partida con las que en lo sucesivo planeaba jugar. La una como imagen de la *caducidad*; la otra, como imagen de la *eternidad*. Aquella, como realidad; esta, como deseo (parafraseando a Luis Cernuda), enlazadas en un íntimo combate espiritual. Dos motivos que sobrevivirán hasta el último de sus poemarios, *Reencuentro* (2019), si bien metamorfoseándose, como es propio de la viva inspiración del poeta, en múltiples variaciones; como la imagen de la *luz*, que se mueve equidistanciada de una y otra connotación, fundiendo y alternando en ella, paradójicamente, aquellos dos sentidos tan contrarios.

La *tarde* estaría localizada en el plano de la anécdota; el *mar*, en el plano la trascendencia. Y entre ambas podrían definir el espectro poético de Rufino Félix. Entre ambos planos circulan sus versos. El plano de lo circunstancial y cotidiano discurriría caudalosamente por un primer ciclo, que iría desde 1991 a 1994, esto es desde *Consumación del tiempo* (1991), y *Párpado de espumas* (1992) a *Voz distante* (1994), con el que dará fin esta fase, más denotativa que la que vendrá después.

Esta segunda fase, con obras como *Memoria de la luz* (1998), enlazará más bien con la imaginería de *Crestería de la sal* (1990), es decir, con la imagen del *mar*, y sus connota-

ciones de totalidad; pues insistimos: A lo largo de este largo recorrido nada en la obra de Rufino resultará extraño, ajeno a su planteamiento primigenio. Todo está al principio. Todos los ingredientes. Después bastará con mezclarlos, con ir enriqueciéndolos, profundizando en su potencial semántico, para extraer de ellos, en definitiva, la máxima rentabilidad.

Y en este devenir, llegará la culminación de su poética, cuando la imagen de mar, esencializada, reducida a simple fenómeno de *luz*, conduzca la inspiración de Rufino Félix hacia el segundo hito importante de su camino, *Memoria de la luz* (1998), donde el sujeto lírico logra captar, aunque sea por un instante, esa sensación de eterna intemporalidad que ofrece el goce del amor.

Ricardo Senabre, en el prólogo al libro, escribió al respecto del poema *Sirena*, que por sí solo acreditaba la presencia de un hondísimo poeta. Y, en efecto, su arquitectura es perfecta. Y su brillantez metafórica, la contención emocional, la musicalidad del versolibrismo (en que se alternan armoniosamente el verso de arte mayor con el de arte menor) son verdaderamente ejemplares. En una sorprendente versión del *caminante no hay camino / se hace camino al andar*, el poeta pasa de la contemplación admirativa de la belleza de la mujer, iluminada por la luz del mar, a preguntarse por lo que pasa y por lo que queda. La melodía del verso modula el movimiento marino, y el poema contrae finalmente un carácter simbólico. Conmueve esa contundente presencia de un ser humano en todo su esplendor, observado por quien a pesar del tiempo transcurrido no deja de sentirse ligado a los momentos de plenitud que le ofreció la vida.

Se trata, en definitiva, de un poema, de un estadio de escritura en que han quedado ya completamente defini-

dos unos esquemas que si en su progreso –a través de importantísimos poemarios como *Las aguas litorales* (2001), *Las puertas de la sangre* (2005), o *La soledad de las arenas* (2007)– no sufrirán ya mudanzas de primer orden, sí alcanzarán cotas de alta poesía, como la que supuso *Las ascuas* (2002), que –al obtener el premio Ciudad de Salamanca– colocó la obra del emeritense en la vanguardia de la mejor poesía española.

III

Mas esa dualidad constante que conforma lo anecdótico frente a lo trascendente, no solo conforma cada poemario en su conjunto, sino también cada poema en sí mismo; otorgando, por otra parte, sentido de unidad a nuestra antología, que de esta manera aparece como algo más que una simple colección de poemas más o menos arbitrariamente espigados.

Una antología, por su propia naturaleza, que implica selección, responde ante todo a una actitud subjetiva, determinada por los gustos y formación literaria del antólogo (de esa arriesgada estirpe de antólogos de poesía); y por ello mismo susceptible de cualquier tipo de vituperación. Hay, pues, que justificar su necesidad, que en este caso viene dada por la enorme cantidad de poemas que constituyen las obras completas de Rufino Félix, recogidas en dos gruesos tomos titulados *El tiempo y el mar*, de cientos y cientos de poemas, que en tal cantidad hacían conveniente la impresión de un volumen de carácter divulgativo, de lectura más asequible, que sin el esfuerzo ímprobo que supone la de aquellos dos espaciosos libros, permita acceder, con facilidad, a su poesía esencial.

La antología ideal seguramente, más allá de constituir una simple *summa* de composiciones espaciadas, deberá alzarse como otra obra, otra obra distinta, susceptible de brindarnos una mirada panorámica del autor, que amplíe incluso la que ya teníamos, enriqueciéndola con una más clara percepción de matices, o iluminando desapercibidas facetas, perspectivas hasta entonces oscurecidas.

IV

Mas, como queda dicho, tan variado acopio de material poético se resuelve al cabo en la síntesis: de cada mirada surge una reflexión, por la que aquella queda transcendida, merced al acto poético de la creación, que otorga a la vivencia del instante un significado nuevo, como representación del carácter de lo humano:

*Agua en la que me adentre
acabando la tarde, cuando se hace sombrío
el respiro del día y todo va perdiendo su entorno,
su aparente certeza de vida perdurable.*

*Hondo mar que me acoja
desasido de vientos y de orilla,
como otro nuevo sol llegando a su universo
para girar perenne, en cercanía de Dios.*

Las ascuas (2002)

Y es que, enfocada con criterios geográfico-poéticos, como escritura adherida a las circunstancias del hombre, del

hombre-poeta, las imágenes responden a dos planos: la tierra (de Extremadura), y su reverso, el mar (de Cádiz), que se han dispuesto en una especie de choque emocional: la tierra de los recuerdos, y el mar de la literatura; que al fundirse en el verso han hecho posible el resurgimiento de la obra lírica de Rufino Félix. En ella el espacio adquiere, con asiduidad, el valor de un espacio soñado, y con frecuencia se convierte en una verdadera *meditatio mortis*, en una invitación al *carpe diem*, en una evocación del *ubi sunt*?

Estamos, pues, ante una producción vinculada al devenir histórico. Un detalle que no debe pasar desapercibido, porque esta sensación de corriente continua e inexorable de las cosas es el mecanismo que faculta la transformación poética: la que transforma el barro en espíritu, la que permite que los elementos tomados de la realidad se sublimen y se conviertan en objetos estéticos, en objetos de contemplación, en símbolos universales... Se ha pasado de la memoria perdida a la memoria recuperada por la poesía.

Una poesía en la que, en definitiva, resplandece una virtud básica: el dominio natural del idioma, la pureza de su palabra, la musicalidad sintáctica, la sobriedad en el uso de los recursos retóricos, el rigor léxico que conduce al adjetivo justo, a la precisión del concepto. En definitiva, esa íntima vinculación de hombre, lenguaje y poesía.

Rufino Félix es para nosotros, en resumidas cuentas, la imagen del poeta en el que brillan dos sustancias de esencia temporal: la literatura y los recuerdos. Lee y recuerda bajo la mirada del tiempo.

Francisco Luis López-Arza García-Mora
Francisco López-Arza Moreno

ANTOLOGÍA POÉTICA

TARDE CERRADA

Se ha cerrado la tarde,
y aun no tengo ordenados mis recuerdos.
Apresuradamente los convoco,
los bajo de los sueños a los labios
y compongo estos versos cenitales,
añorantes de tiempos y paisajes.

A la noche los doy, con la esperanza
de verlos remontando la angostura
que estrecha el aire tenue de mi vida;
con el deseo de oírlos tras mis pasos,
cercanos ya al confín de la andadura.

EL CORAZÓN DEL TIEMPO

Todo el corazón del tiempo
cabe en un verso.

La palabra es el latido
eterno;
la que impulsa la vida
en un vuelo;
la que mitiga el declinar
del cuerpo
y se engarza, contrita,
en el pecho
cuando llega la noche
y el silencio
cubre la soledad.

El corazón del tiempo
cabe en mi humilde verso.

MI GEOGRAFÍA

Límite al norte con el aire niño
que lleva mi palabra hacia su origen.
Al sur con esta tierra que me llama,
incontenible, desde mis inicios.
Al este con la fuente donde sangra
la insobornable voz de mi querencia;
y a la derecha está mi mano amante,
la que escribe poemas, te acaricia,
y un día se hará pañuelo tremolando
sobre el verde apenado de tus ojos.

EL INSTITUTO

Al final de la calle se hallaba el caserón:
altas puertas, pasillos de bóvedas profundas
y el remanso del patio con sus cuatro palmeras.
Durante siete años allí creció mi vida
por aulas desconchadas y recreos revoltosos.

En la mañana iba –mi cartera, mis reglas–
subiendo despaciado por las tranquilas calles.
El reloj de la plaza anunciaba, impreciso,
con nueve campanadas el inicio del día.
Era un largo camino para mis breves años
llegar desde mi casa hasta el viejo instituto.
Y yo lo recorría, sorprendido y gozoso,
esquivando las recuas de burros areneros;
recobrando jazmines en las bajas ventanas;

absorto con los rezos de monjas de clausura.
Después, se abría la clase a la monotonía
del profesor que explica con paciente palabra
como llenar las dudas de ingenuas convicciones.

Fueron aquellos días limpios y verdaderos,
y alzaron en mi vida la luz inextinguible
que deja la mañana sobre nuestros recuerdos.
Pasaron siete años de calma verdadera,
y allí quedó un muchacho que arribaba al esfuerzo
desde un cercano puerto patriarcal y sereno.

Cuando las graves puertas guardaron su latido,
un hombre comenzaba la dura singladura
por un mar que emergía violento y expectante.

OTRA MAÑANA

Es la misma mañana.

Por la empedrada calle
un carro campesino buscó la luz primera,
y el esquilón cercano derrama en el silencio
su ancenmstral letanía.

Aún perdura en el agua dormida de la fuente
la frágil transparencia de un luna andariega,
y está llegando lento por la encalada tapia
el pregón recobrado del viejo piconero.

Es la misma mañana.

Abro el amplio balcón,
y durante un momento la plaza de mis juegos
deleita la mirada.
Ya busco en el armario –alto, de grandes lunas–
la planchada camisa y el traje de diario.
Cuando marchó hacia el patio,
donde la hierbabuena da a la grata mañana
su olor íntimo y casto,

la perdiz en su jaula retorna a los barrotes.
Bajo el parral umbrío,
mis ojos acarician la promesa del fruto.

Es la misma mañana.

Ya asciende por mi vida la amiga voz del alba:
la canción monorríma de la altiva cigüeña;
el grito de vencesos sobre el abierto azul;
el trajín de areneros marchando a la ribera.

Es la misma mañana.

Me he sentado a la mesa esperando a mi madre,
y ella, tan diligente, me pone el desayuno
y ha posado sus labios libando mis mejillas.
Después, pasa su mano por mi nítida frente
y baja hasta la calle a barrer el portal.

Es la misma mañana.

El tiempo no ha pasado. Yo tengo doce años,
y esta mañana vuelvo, feliz, a mis inicios.
El reloj sonoro dice su cantinela.
Ya recojo los libros. En la puerta me espera,
obsequiosa, mi madre. Como siempre,
mirará ilusionada mi marcha al Instituto.
¡Qué largo es el pasillo con sus altas macetas!
¡Cómo corro por él! Mis pocos años llevan,
camino de la luz y de la vida,
la paz inigualable de esta mañana clara.

Al llegar a la sala me he parado confuso.
Es el lugar de siempre, donde mi madre borda
y despide la tarde entre rojos geranios.

Pero hoy todo es distinto, desvaído, lejano.
He mirado anhelante en el dormido espejo,
aquel que recogía mi paso bullicioso,
y la ilusión se ha roto.

Esta es otra mañana.

El azogue retorna un hombre pensativo,
vencido de nostalgias y de melancolías,
que busca ansiosamente la lejanía perdida.

DEBISTEIS CONOCERLA

Debisteis conocerla en aquel tiempo,
cuando era una muchacha que traía
la promesa del alba en su figura
donde manaban blondas y zureaban palomas,
que daban a la sombra de su paso
el erguido celaje de una núbil palmera.

Debisteis conocerla cuando ardía
llegando por la calle del encuentro
y la abría a un horizonte dilatado,
mientras en los balcones, codiciosos,
los ojos expectantes se incendiaban
en el resol fecundo de su pelo.

Debisteis conocerla por entonces,
y ahora sabríaís, alegres, como era
la esbelta argentería de la mañana.

RECALADA

Desde el mar me aproximo hasta tu cuerpo
para acallar profundos temporales
en la abierta bocana de tu beso.

Eco de jarcia y velas, marinero,
navego circular como los soles
fijando litorales a tu pecho.

Hago mi singladura bajo el fuego,
y en la hora vespéral de mi arribada
alertaré en tu sangre mi deseo.

Dentro de ti, ya el mar sonará vientos
que en la línea salina de tu orilla
levarán con sus voces el silencio.

Desde tu mar al mar navegaremos,
viajeros sobre rutas pasionales
hasta encontrar la tierra del ensueño.

HIJO

Tengo la sangre como una bahía
donde recalca tu temprano cuerpo
y en pacíficas olas se abandona.

Sangre para la brisa matutina,
que acaricia tu breve arboladura
y acostumbra a las velas iniciales
para el tremendo duelo con los vientos.

Bulle mi sangre por tu sangre nueva,
y este mar que se expande por tu vida
siempre contigo irá, larga bonanza,
celante de tu abierta singladura.

AUSENCIA

Es difícil traer a la memoria
el verde inmarchitable de sus ojos,
ahora que el cielo baja inexorable
y anochece la luz en la mirada.

Cuesta trabajo ver su erguida sombra
cubriendo las paredes encaladas
cuando las calles pierden el azogue
y un sol cansado busca la salida.

Asombra no encontrar su alado paso
por las esquinas del ansiado encuentro;
mientras, torpes, los cuerpos se acostumbran
a ceder su pujanza para siempre.

Apena el tiempo y su fugaz mentira
borrando la verdad de su presencia,
haciéndome vivir en el recuerdo,
cada vez más difuso, la mañana.

AÑORANZA

Memorizar tu cuerpo
en el albor del sueño,
es como ver la nieve por vez primera:
transparente, verticalmente altiva,
cadencia de un deleite amanecido,
fanal del agua que en las manos arde.
Es contemplar de nuevo
frondosas azucenas,
diluviadas
en tus profundos ojos,
y acariciar la luz
como paloma viva
llegando al anidado cobijo de tu pecho.

Memorizar tu cuerpo
ahora que ya oscurece,
es unirse al recuerdo
más fielmente guardado;
es volver a encontrarse,
desparramada sobre la mirada, la promesa del día.

VIENTO DE AYER

Llega un viento de ayer
y a la casa retornan voces niñas,
canciones rebosadas de inocencia,
vocerío bullicioso de arribada.
Vuelve el viento perdido en la distancia
y, enternecido, corre el calendario
a ponerse de espaldas a la arena
que cae apresurada, y entristece.

La casa se remoza, y un instante
se enciende con el fuego del milagro.
El viento cruza alegre los pasillos
y agita gallardetes recogidos
en el desván latente del recuerdo,
y otra vez las paredes encaladas
para anotar renglones impolutos
donde la vida escribe sus inicios.

Viento de ayer, sonoramente llegas
y la dormida casa se levanta
a recobrar encuentros matutinos,
a verter en el vaso de los días
el néctar germinal de la esperanza.

Es tan solo un momento, pero basta
para que el corazón se desentuma
y avive los latidos añorados.

PRIMAVERA

Olía a tierra mojada levemente,
y otra vez las cigüeñas
volvían a la espadaña de mi infancia.
El día era luz y canto.

La casa comenzaba
a secarse las lágrimas
hasta el próximo invierno,
y en los aletargados roperos familiares
la ropa florecida rebullía ya impaciente.

Venía la primavera otra vez a mi vida,
y había que estar pendiente
de su grácil presencia.
Cogí un preciado ramo
de canciones,
y salí a recibirla y requebrarla.

Ahora estoy impaciente por saber si esta vez
atenderá mis ruegos
y se estará conmigo,
para que compartamos los más sentidos versos.

MÉRIDA

Como una lengua cálida
que lame nuestra herida.
-En el ara silente,
un sueño inacabable
sacrifican los días-.
Arde la luz primera por mi sangre.
Sigue el aire tenaz de la cigüeña
enmascarando el tiempo.

¿Quién viene acompañándome?
Mi corazón en mármol se eterniza.

CÁDIZ

Venía del Sur:
Cádiz,
con el festón de sus espumas
bordando litorales.

Vi sus torres vigías,
la simetría salina de sus calles,
y escuché el clamoreo
del viento embravecido en su querencia.

Proa blanca, navegaba
por la verde marea de los trigales
buscando el fondeadero de mis ojos.

Puerto de mar me hice.

CANTE JONDO

Hay que dejar que el cráter del pecho
se despierte,
que su lava remonte
las sensibles riberas
y encuentre la salida,
para que las palabras,
como brasas sonoras,
enciendan en los labios
el misterio del cante.

Un hombre ardiendo, clama
a solas con el grito
negro de la guitarra.

CASABLANCA

A veces he dudado que Casablanca exista.
En el mapa la encuentro entre el mar y la arena,
con calles olvidadas que, sufridas, jadean
bajo el sol del delirio; con un olor a especias,
a té con hierbabuena, y el penar de babuchas
que se pierde en el aire confuso de su zoco.
Debe de estar allí, la geografía no miente,
y si escrito su nombre aparece en los mapas,
Casablanca es que existe, como Marruecos todo.

Soy yo quien duda ahora si esta verdad falsea
toda mi certidumbre, todo mi íntimo mundo
mantenido de siempre, desde mi adolescencia,
cuando en el libertario cine de los encuentros
mientras cogía la mano a la bella muchacha
la tristeza de Ingrid domeñaba mis ojos,
porque un amor tan alto, perdido en los andenes
del París de la guerra, renacía de improviso
en el café nocturno, donde Humphrey dejaba
que el cigarrillo fuese numerando las horas
que, inciertas, transcurrían sobre los pasaportes.

Sí, Casablanca existe, ya no lo niego ahora.
Pero no es la ciudad de mis años mejores
cuando una hermosa historia de amor se convertía
en el llanto del tiempo, que moría generoso
sobre el lento piano que Sam acariciaba.

EL POEMA

Llegará desde adentro,
desde el profundo lecho del silencio,
como un vivaz relámpago
que atraviesa los labios
e ilumina
con su divina música el espacio,
que se hará resplandor o pesadumbre,
bóveda de canciones y nostalgias.

Engarzado en imágenes,
el poema
se adueñará del ámbito
y dirá su verdad,
su estremecido éxtasis,
y se unirá feliz a la memoria,
que recobra impoluto
el hondo resonar del corazón.

LOS QUE NOS VAMOS

Los que guardamos, fieles, una canción vivida
que hemos ido formando de escalas sensoriales,
canción que suena ya a tarde de diciembre
y se viste de nieve, de lágrima y de ausencia.
Los que unimos el cuerpo a un traje desgastado
que no logra cubrirnos la carne desvalida,
la carne donde el tiempo aposenta su llaga
que se agranda fogosa, como un cráter violento.
Los que tenemos manos desoladas y torpes
que han olvidado el tacto y ni acariciar pueden,
porque han extraviado la curva de los pechos
y el rendido camino hacia la luz primera.
Los que ya no sabemos vislumbrar en la tarde
el vuelo de palomas en la ascendente lluvia,
y vagamos perdidos llevando nuestros ojos
tristes y arrebolados con el llanto postrero.
Los que nos vamos yendo adoloridamente,
lo hacemos en silencio, para que no se apague
la dulce melodía que un pájaro encendido
en un día jubiloso anidó en nuestros labios.

ÚLTIMOS POEMAS

Evanescente ya, como las horas,
tengo mi mano
con la que te escribo
los últimos poemas.

Cuando entre la penumbra
vespertina
llegue hasta ti mi verso,
será como ese rayo que desgarras
su temor en los ojos,
y los hace jugosos y sensibles
porque regresan al fulgor insólito,
al tiempo aquel, lejano,
cuando después del resonar tremendo,
dichosos, se irisaban en el arco cromático
que Dios había pintado con su mano de niño.

III

Se vaciará este mar
por más que llueva
y lleguen largos ríos con su ufanía
a engrosar su cintura dilatada,
su sonoro misterio de campana
que a rebato convoca las estrellas
para que éstas remedien el cielo destruido.

Se vaciará este mar
aunque lo cubran
las lágrimas ardientes del deseo,
y se eleven sus olas como labios
que ofrecen el ardor de la promesa.

Se vaciará este mar,
esta tremenda
presencia de la muerte renacida
que llega y llega y llega hasta la orilla
y fija allí su densa permanencia.

Se vaciará este mar
cuando descienda
la sangre hasta las aguas de ceniza;
cuando la luz no avive la palabra
del hombre que se adentra, oscurecido,
y se empapa de sal, y se amortaja todo
con el triste sonido del agua en abandono,

que no quiere mirarles sus ojos apagados
y se vuelve de espaldas y se va sollozando,
dejándole en la tierra, que emerge desgajada,
sitio para su cuerpo irreplicable.

IV

Un río de barcas blancas,
apasionado,
recorre las orillas de mi pecho.
Un río ancho y azul:
el agua bonancible,
las adelfas sangrando en el ocaso,
el tierno junco doblegado al viento;
y voces marineras que zozobran
en la calma silente del latido.

Barcas blancas, llegando del claror
hasta el anochecer.

Este río, que parece interminable,
dando a mi corazón su melodía;
recobrando del tiempo años y riadas,
ya tan distantes.

Un río de barcas blancas
por el pecho.

Quilla hendiendo mi pulso de bajura,
remontándose en larga travesía
desde el lejano inicio de mi vida.
Barcas que ascienden por el sentimiento
y recogen la pena de mis ojos,
mientras decrece el vuelo de este río
cada día más cercano a la inocencia.

XI

Desde el latido al mar
no hay más que el verso;
palabras para alzar los bordes de la orilla
y echar su orfebrería, su sonora cadencia,
al fondo del misterio inmemorable,
para que el sol encuentre sensuales equinoccios
y ardiente tornasole la ilusión del poema.

Desde arriba vendrá, rayo de fuego
que atraviesa cristales
y no rompe la verdad del azogue;
mirándose, febril, en el espejo
hasta encontrar la voz en lo profundo
del agua dolorida.

Ya, luminoso y hondo, como llama
que fustiga la espera,
encenderá fanales sumergidos;
hará arder los crespones del crepúsculo
y escuchará, devoto,
la plegaria coral de las palabras
que un hombre va rezando en despedida.

XV

Llegaban los caballos por la amplia paramera
tras un brioso galope de resuellos finales.
Estremecían las piedras, fustigaban la chispa
que incendiaba los ojos, y piafaban pujantes
derramando un torrente de cuerpos sudorosos
tras áspero camino hasta la fresca orilla.

Sumergían en las aguas sus rumorosas crines
buscando los embates sonoros de las olas,
y una música viva, de eternizadas notas,
se esparcía por el aire, guarnecía los ijares,
caracoleaba alegre por las arpadadas patas
y daba su cadencia al resonar profundo
del pecho poderoso, ya negro, ya de nieve.

El agua los cubría, y ellos cubrían el agua;
y era la comunión perfecta de la entrega
entre los dos misterios ¡tan bellos! de mis sueños:
la mar, siempre esperando el aliento de fiebre,
la convulsión gozosa, la pasión en la entrega;
y el caballo, que llega trepidando la tarde,
y la toma y la hiende como una ardiente espada
que abre tajos profundos donde saciar la sed,
donde aquietar su cuerpo bajo floral espuma.

Ahora, apagado todo mi corazón salino,
miro al mar que se aleja con su carga de estrellas

y evoco los caballos airosos de mi sangre,
sus galopes postreros hasta el agua anhelada.
Y me quedo postrado en la orilla del tiempo,
callados ya mis labios, deshabitado todo.

ESTRELLA DE LOS JUNCOS

De mí nacen los ríos, la rumorosa
corriente de las aguas despeñadas
hasta el profundo tajo; blanca espuma
fijando el litoral donde tu cuerpo
crece adelfas de sangre, y se desboca
como yegua que siente en los ijares
la estrella de los juncos más erguidos.
Los ríos que se vacían en la noche
tras anegar tu cuerpo enfebrecido,
y vuelven nuevamente con el día
a ser la torrentera enardecida
en el brioso galope de tu cuerpo.

De mí nacen los ríos, toda la sangre
que vivifica arenas de arribada,
latido y luz de nuevas singladuras.

¡Agua soy para ti, cauce sediento
que esperas la canción fresca del alba!

FRAGANTE EMBOCADURA

Seminal, soy el agua
llovido en tu regazo
para que en él florezcan
altas rosas, votivas,
que pájaros cantores
libarán con sus picos
de pura y tierna luz,
hasta llenar sus trinos
de verso nacarado.

Vigila tu cintura,
cuida que el brote nazca
y se prolongue;
tú, jardinera niña,
tierra fértil,
bóveda de los vuelos
más azules,
fragante emboadura
de los pétalos.

EL SUR

Me puse a andar.

Buscaba
el Sur de los alberos rituales,
donde la muerte espera cada tarde
consumar su presencia;
sus blancas calles, sierpes que al azogue
ofrecen los jazmines.

Buscaba el Sur, la alquimia
del hombre y el caballo,
atemperados
al rigor de la espuela;
el beso enajenado de las olas
sobre arenas sensuales;
la alegría en una copa
de sol ensoñecido;
la ronca desazón de la garganta
clamando soledades
con la airada guitarra.

Me puse a andar.

Llevaba,
para el momento ansiado del encuentro,
ligero el corazón, claros los ojos
y un ruiseñor cantándome en los labios.

EN LA DOLIENTE NORIA

He vuelto al viejo parque y su palmera
pensando que quizás ya no estaría
como yo lo dejé, siendo frontera
del amor que inició mi varonía.

Llegué hasta él. Guardaba la postrera
luz de la tarde, que al azul subía,
el eco puro de mi voz primera
surgiendo vivo de la lejanía.

El viejo parque, igual. Yo, más vencido,
gozando del encuentro y la promesa
que el tiempo vierte en la doliente noria.

Ya hacia mi ayer transcurro. Voy transido
por el clamor del duelo que no cesa
de avivar el recuerdo en la memoria.

TORO REBELDE

Sé que la tarde va predestinada
hacia un albero de dolor y pena.
Mi tarde agonizante y sentenciada,
humillando su nervio por la arena.

La muerte llevará tras de su espada
recuerdos rotos, lutos en cadena,
y un resol de palabra apasionada
hundirá en el ocaso mi condena.

Toro rebelde, acabaré la tarde
sobre el ara sangrante de la vida
dando al aire el bramido de mi canto.

Y un mulillero arrastrará, cobarde,
tan noble cuerpo con su artera herida
hasta el desolladero de mi llanto.

UN MORADO SILENCIO

La destrucción,
que llega por el pecho
como un viejo caballo
que ha perdido las riendas
y siente en sus ijares
la herida de la espuela,
la quejumbrosa lluvia de la sangre.

Caballo que recorre
los caminos del verso,
ya desbocado
pasa sin jinete
y deja atrás
perdidas ambiciones,
la ardentía del galope
hacia el olvido.
Su tremendo resuello
ha dejado una estela
de luz en extinción,
un morado silencio por los labios.

Se va la claridad,
y llega, codiciosa,
la cegazón postrera
de la tarde.
¡Y queda tanto por decir!

TIEMPO INDESEADO

Estos silentes pájaros
que se han aposentado
en el alto auditorio
de mi pecho;
este desfallecer
del agua clara
que no encuentra la nube
desde donde bajar
a sofocarme
lamentos y extravíos;
este silencio
que ha humillado mi voz,
y la arrincona
para que no congregue
en la gama impoluta
más canciones de estrofas
esplendentes...

Son duelos que me anuncian
la llegada
del tiempo indeseado
a mi presencia.

Y ahora mi corazón
y mis palabras
se deben separar,
después de haber estado

compartiendo
los goces y las penas
en la ardentía y el llanto
de las horas.

LA TRILLA

Jadeaba aquel tiovivo, siempre insomne,
sobre el convulso lecho de la parva.
Las espigas se abrían para que el grano
llegase entre afilados pedernales
que giraban morosos, chirriantes
como un grito oxidado, pues la trilla
daba al verano un bronco recorrido
fijado tercamente a su delirio
de largos días de sol y de chicharras.

Rotaba el pobre mulo, domeñado,
alrededor de un eje inamovible,
como si devanase la madeja
que le uncía a una terrible calentura
de vieja pana y moscas obsesivas.
Y el hombre, todo barro y sentimiento,
montado sobre el trillo iba cantando
una copla de pena desgarrada,
igual que una campana que convoca
con su arrebato a restañar el fuego.

Crujía la era como densa llama
devoradora del más puro esfuerzo,
y llegaba a la noche cual el llanto
sufrido del carbón, que se consume
ardiendo en un forzado sacrificio.

El hombre, el mulo, el sol: la letanía
de un rito de paciencia perdurable
para alcanzar el trigo prometido,
que iba alzando montones cicateros
donde la vida echaba su congoja.

MI CALLE

Cuando piso esta calle,
cuando mis manos
palpan sus paredes
de añeja cal,
en la que lentos años
dejaron limpias lluvias
y soles derramados;
cuando mis pasos buscan
de otros días
los corros infantiles
y los juegos;
cuando tras de la puerta
quejumbrosa
espero hallar las voces
que llenaban la casa
de desprendido amor,
qué tremenda agonía cubre mi aliento,
acallada sonaja que no puede
recobrar de esta calle
la jugosa acordanza de la edad inocente.

EL MILAGRO

Oigo clamar el mar.
Está encrespado,
y alza sus duras olas
a la eterna conquista
de la orilla.
Resuena el hondo grito
de las aguas
convocando a la lucha,
y en el cielo aguerrido del ocaso
pacíficas gaviotas
bajan crucificadas,
y agonizan.
Dueño de todo el ámbito,
sólo se escucha en él
la desmesura
de sus olas frenéticas.

Súbitamente, un pájaro
se posa en la baranda
desde donde contemplo
la eclosión de la espuma,
y se pone a cantar.
Y sus trinos emergen
sobre el oscuro estruendo,
y logran acallararlo.

Fascinante milagro
este que ahora contemplo,

en el que Dios nos deja
su enseñanza:
no puede más la furia
de un desbordante mar
que una oración de amor,
aunque ésta sea
menuda y susurrante
como el latir de un pájaro.

INVERNAR

Aquel día me vestí de primavera
–albo pañuelo, voz de gorriones,
espigas exornándome la frente–
y me di, generoso, a la mañana.

Por mis ávidos ojos se adentraron
calles oscuras, hombres pesarosos;
y no hallé espacio para la alegría
ni azul que remontase mis plegarias.

Y me volví, desconsolado y solo,
a este lugar que habito, anochecido,
que la lluvia y el viento enseñorean.

Enterré mi pañuelo en naftalina,
me puse la corbata de tristeza,
y desde entonces sé que está invernando
mi corazón de surcos y simientes.

LA NOCHE

Cuántas noches yaciendo
sobre esta vieja cama
donde mi cuerpo se hace
molde y sueño, apariencia
que un día será verdad
definitiva.

Horas y horas que llegan,
me envuelven, me aprisionan,
y se marchan al alba
llevándose consigo
un tiempo mío, que nunca
podré recuperar.

¿Y quién me recompensa
de esta pérdida inútil,
de este forzado exilio
de la canción vivida,
verdadera?

LA TRAMPA

Mientras ando remiso
intentando atisbar
el temido peligro,
y demoro mis huellas
aun sabiendo que nada
puedo contra el destino,
la red está aguardando
mi llegada
para cerrar su férrea encarnadura
sobre mi pobre cuerpo,
hecho blancor de nieve
que cubrirá la tierra,
insatisfecha siempre,
sin saciar la avarienta
adustez del estiaje.

¡Y cuánta pavorosa soledad
me está aguardando,
cuánto desgarramiento y amargura!

Qué cerca ya de la temida trampa
que sigue ahí, impaciente,
como el más fiel esbirro
para apresarme,
porque es necesario
acallar la zozobra
de otra voz que no encuentra la respuesta.

TIEMPO DE LUZ

Mirad al hombre
que pasa cubierto
con la luz más pura,
la que sobre él erige
su arquitectura de cristal
y lo guarece
de la inclemente sombra
vespertina.

Mirad cómo se ofrece
al ardor de los rayos
armoniosos,
para que éstos aviven
el musical resuello
de la sangre.

¡Qué gozo verlo andar
iluminado,
ajeno a las tinieblas
que nos cubren
a los que ya apuramos
nuestro tiempo de luz!

Nosotros, que lucimos
unos años
ungidos por la bella
irisación del día,

miramos a este hombre,
que es brillo y transparencia,
alejarse en la pálida
ceguedad de la tarde,
y encantamos los ojos
para que recuperen
la ráfaga perdida
de una lejana estrella.

LA CADENA

Yo soy el eslabón
de una cadena
que viene de la tierra
sigue por mis manos.
Quien inició su forja
procuró que el acero
fuese puro, y compuso
la trabazón más firme
para aferrar la savia
fluyente de la vida
a las tristes ausencias.

De una parte, el ayer;
de otra, el mañana.
Estoy uniendo adioses
con las amanecidas.

LOS GATOS

Andaban por la casa silenciosos, distantes,
y al llamarlos su cuerpo crecía desmesurado,
elástico y alerta como un tensado arco.
Ascendían lentamente hacia el viejo desván,
y allí pasaban horas de paciente vigilia
aguardando el momento del salto sigiloso.
A veces, en la sala de penumbra y relojes
dormitaban; el tiempo no transcurría por ellos.
Y siempre me miraban, pacientes e insondables,
dejando que la vida fijara en sus retinas
el crepitar del árbol que ardía pausadamente.

Los gatos eran hoscos; sumisos, pocas veces.
Yo nunca adivinaba qué respuesta darían
a mis cautas caricias sobre su piel esquiva;
y cuando defendían su expectante recelo
imaginaba siempre la lucha desmedida
por selvas recorridas en libros de Salgari,
hasta que mi pujanza desangraba el portento
y de nuevo volvía la casa de mis juegos.
Y allí seguían los gatos, velando silenciosos
mis sueños infantiles de aventuras.

Ahora que los recuerdo, no destruyo el encanto:
en el desván confuso, por la sala de sombras,
conviviendo con ellos en el azul perdido,
sé que para mí fueron fieras agazapadas
esperando el encuentro con mi puñal de luces.

LUZ

Todo luz.
Tu cuerpo, todo es luz:
los senos, dos fanales
encendidos
con el blancor nutricio
de la sangre;
tu vientre,
el litoral donde la arena
se entibia con el flujo de las olas;
y el cráter de la noche,
profunda brasa, éxtasis del fuego.

Tu cuerpo
es una luz apasionada
que aparta de mis ojos
la oscura pena de la anochecida.

DIOS DE LA ALEGRÍA

Contempla el vino.
Lo hallarás en la copa
como sangre oferente que regresa
para unirse al deslumbramiento
que reclaman los ojos.

Gózalo como es:
clavel jugoso
destilando su néctar
en el pozo sediento de los labios.

Y después, a soñarlo;
ya conocido el juego
del asombro,
desembozado el pecho
para que salgan llantos
y entre el esquivo dios de la alegría.

VIENTO DEL LEVANTE

Se ha embravecido el viento.
Viene desaforado por la playa
sonando sus trompetas
desafiantes,
incendiando el volcán
donde la arena
disciplinadamente se libera
de su árida quietud,
haciendo sangre
en la mirada azul de los bañistas,
encrespando palabras
y atribulando al mar,
que hoy ha perdido
su ardor con la renuncia de los cuerpos.

MI PADRE

No dejéis que esta noche
el reloj continúe
su camino hacia el alba.
Decidle que detenga
su duelo inexorable,
para hacerme a la idea
que la luz tempranera
no cegará el azul
sereno de sus ojos;
que la canción del día
no traerá un barboquejo
de pañuelo cainita
para su voz hermana;
que la casa dormida
no se abrirá sabiendo
que un hombre verdadero
ha emprendido el viaje,
y seguirá escuchando
su paso rumoroso.
No dejéis que esta noche
el reloj continúe
acercando el dolor.
¡Por Dios, que se detenga!
Haced por ver la forma
que la arena interrumpa
su creciente agonía,
y así podré tenerlo

junto a mí como siempre:
hombre de amor y luz,
conciliador de vientos,
espejo de armonía,
amasador del pan
que diariamente hornea
en su abnegada sangre,
sensible en el encuentro,
hortelano que siembra
la pródiga semilla
de su clara conciencia
en todos cuantos somos
su voz y su latido.

Ahora, procurad pronto
que el reloj enmudezca
y el tiempo no transcurra.
Yo sabré agradeceros
este ansiado milagro
de darle a mí destino
la suerte de tenerlo
nuevamente conmigo,
hasta que en otra noche
se junten nuestros pasos
y marchemos, postreros,
hacia la amanecida
a rendir este sueño
noblemente vivido.

CENIZA APASIONADA

Antes de estar cediendo,
despavorido,
el cuerpo al inclemente deterioro
que provoca el dolor;
de abrir sin esperanzas
los ojos a las luces terminales,
y atropellar, turbado, las palabras
que imploran el milagro,
pido el súbito rayo que fulmine
el reseco ramaje donde aún quedan
pájaros de mi ayer y mi ventura,
y haga del viejo tronco que sostiene
la amante ensoñación
ceniza apasionada
que a la tierra regrese,
nueva siembra del hombre
en el misterio germinal del día.
Tarde en llegar el rayo
de la consumación,
pero que acuda presto
cuando implore mi voz,
piadosamente,
la cegazón final.

MAR

Como tu eternidad,
sólo el azul luciente donde el día
se hace efímero y vuelve
a recobrar la luz del esplendor.
Y como tu cadencia,
únicamente el flujo del latido
que marca los compases armoniosos
en la pauta sonda de la sangre.

Tú, mar, eres inmenso
porque vas más allá de la mirada
que pierde soles en el horizonte
sin lograr vislumbrar su travesía.
Y musicas el tiempo
rotundo y verdadero de tus olas,

dejando en las orillas
resonancias
del canto primigenio de la vida.

Te he de entregar mi voz.
Busco que la sumerjas hasta tus mismidades,
para que allí conozca la fluyente tersura
y se haga eco profundo, cántico transparente.
Después, que emerja viva,
desnuda y deseada como tú,
mar de siempre,
excelsa sinfonía, fascinación del sueño.

ETERNIDAD

Hasta la mar,
llevadme en ese día
que no conoceré.
Puede que ella recuerde
cómo escuché, devoto,
su invocación de espumas
y acerque a mí silencio
el profundo ritual,
para que no se pierda
en mi vaciado pecho
el rumor de la vida.
–Quizás, la eternidad
no sea más que eso–

Hasta el trival,
llevadme en ese día
que yo no viviré.
Barro fecundo y ávido,
mi cuerpo ha de enraizar
las mieses encendidas,
que se harán blando pan
en las clamantes manos;
y así, desde la ausencia,
mantendré mí deseo

de ser viva simiente.
–Quizás, la eternidad
no sea más que eso–

REZOS

Ya en otro tiempo,
cuando mi voz vencida
no sea más que el lejano
testimonio de un hombre,
que también tuvo amor,
y conoció la luz y su pureza,
y el hondo desaliento
de ver llegar la noche,
alguien tendrá en sus manos
este íntimo breviario;
y rezará conmigo
los poemas finales
que ahora estoy descuajando
de mi pecho
mientras me van cubriendo
las abatidas horas de la víspera.

Y serán estos versos
como el más fiel espejo
donde él se reconozca:
apasionado, alegre,
triste y oscurecido;
farallón que corroen
los vientos implacables
mientras su ánimo pugna
ferviente en el embate,
aún sabiendo que un día

la roca se hará arena,
y sobre ella otros pasos
irán en desespero
hacia la indeseada lejanía.

LA MAGIA DE LA LUZ

Oigo cantar la luz, y no adivino
desde dónde me llega su tañido de sangre,
la armonía delicada de sus notas,
cálidas y sedosas
como el pecho de un pájaro
que aprisionas y sueltas en la dulce mañana.

Abierto a la esperanza del encuentro,
mi corazón escucha estremecido
anhelando saber de qué lugar
vuelve esta melodía luminosa
a embellecer mis ojos,
a disipar las roncadas percusiones
que traen oscuridad en esta tarde gris.

Si dura este embeleso
y quien concierta el día
hace que la luz sea
escala perdurable que me lleve
al tiempo que fue aroma,
vaho de labios candentes, juventud,
buscaré al muchacho que pasaba despacio
por el camino blanco,
para reconocerlo, verle como era entonces,
saber por qué en sus manos languideció la flor
y en los claros espejos se aposentaron sombras
desacordando el musical latido.

Y es que ya soy un hombre al que asedia el silencio,
como si nunca hubiera poseído mi vida
la magia de la luz.

EL ESPLENDOR

Habité una ciudad,
y conocí a sus gentes.

Si lo recuerdo ahora
es porque nunca estuve más cerca de la luz,
más unido en abrazo al latido del hombre
que en los años aquellos.

Fue cuando las palabras
brillaban como soles manando de la boca,
y cada día era un nuevo despertar en los ojos
de un cielo tan cercano como el vuelo del pájaro.

Allí, bajo los árboles poblados,
por calles empedradas donde sonaban ecos
profundos y entrañables,
la vida se oficiaba
al conjuro impaciente de las voces
que en la sensual mañana
crecían arracimadas, como besos.

Ni el acero del aire,
ni la lluvia que ahoga la mirada
conocí entonces.
Sería después, cuando a las aguas lentas
de mi río sin orillas
llegó la tempestad con su naufragio.

La ciudad recordada
vuelve esta tarde fría en el intacto
azogue del ayer,
y yo busco en sus calles
la sonrisa de un niño que levanta en sus manos
el esplendor del día.

MI VOZ, AL AIRE

Si tomarais mi voz y la aventaseis,
como si fuese mies
que es preciso limpiar de ajena granza
para que sólo quede
su dorada verdad,
veríais que el aire
desechaba las sombras que ahora velan
su clara percepción, la transparencia.

Echadas a volar por vuestro aliento,
bajarían las palabras,
germinales y puras,
al caudal de la sangre
para granar en él como los altos trigos
en el surco feraz,
y en los ojos brumosos
y en los labios clamantes
os dejarían su luz y su alimento.

AGUA ABIERTA

Si llegaras a mí como la ola,
festón brillante
engarzado en la arena,
se abrirían mis brazos impacientes
para alzarte a los labios,
pues quiero deshacer el maridaje
de tu cuerpo y el mar.

Y es que pretendo, tan celosamente,
hacer que esta pasión
se me desborde
en el cauce salino de tu pecho,
que en mis sueños de orfebre
he cincelado
la plata y el resol de tu marea,
y ahora traigo este anillo
de voz estremecida
para unirlo a las hondas
caricias de tus dedos.

Bajaremos desnudos
al tálamo abisal
para que allí conozca el agua sumergida
tu amanecer de sol,
la fascinante estela de tu beso.
Y el mar será agua abierta
para los amantes,
paisaje desvelado
donde la luz encuentra su destino.

Y FINGIRÁN LAS AGUAS

Los amantes rezuman
fúlgida sal.

Cercana,
la espuma pierde el goce de la orilla
donde se alzan los cuerpos abrazados
como olas de esbeltez, sensual marea.
Es mágica la noche,
y el húmedo calor se abre en estrellas;
nívea, la luna crece hasta fundirse
en este firmamento revelado.

La mar mira el desnudo
de los jóvenes cuerpos, y se marcha.
Pasional, va ofreciendo con sus salinos labios
el flujo virginal de su pureza,
la curvatura intacta de su vientre.

En la arena, palabras sorprendidas,
rayo de luz hendiendo oscuro cauce;
y el frescor de la brisa, que sosiega
los estremecimientos.

Mañana, cuando el alba
traiga la claridad,
espejearán las veladuras rojas
que cubrieron los cuerpos entregados
al placer del amor;

y fingirán las aguas,
tiñéndose de vida,
la dulce entrega que no han poseído.

MÚSICA VIVA

Cuando la lluvia era
música en nuestros ojos,
cuerdas vivas de un arpa tañida por los dios,
nos amamos.

Ofrecimos los cuerpos novicios a las llamas
de un fuego que nacía,
y en ellas se fundieron
moldeando las notas destellantes
para la hermosa sinfonía del éxtasis.
Puros, estremecidos, compusimos
palabras codiciosas,
estelares caricias
en el sensual aliento de la noche
tan plenamente nuestra,
en donde el canto de un ferviente río
buscaba las orillas virginales
para hacerlas riberas compartidas
en su camino al mar de los deslumbres.
Y abatimos ropajes que velaban
el hervor de la sangre,
que fluyó acompañada, con la íntima armonía
de un dueto que glosara su fresca partitura.

Fuera seguía el célico goteo;
fugoso, congregaba manantiales.
El ritmo del arpeggio,

la elevada cadencia de su luz cenital,
abrieron universos encantados
en nuestros claros ojos.

Fuimos música viva, sonoro arrobamiento,
llamaradas de lluvia que encendían
la obertura jugosa del amor.

NIEBLA

Los pájaros oscuros
la traían por el aire:
una difusa gasa cenicienta
para cubrir la magia de los ojos
y hacerlos descender de la alegría,
antes que la mirada fuese desposeída
para siempre.

Y se borraban pasos, manos cariciadoras,
labios que revelaban los asombros.

Era la soledad, un mundo descubierto
para habitarlo luego,
cuando los ojos sangren con lágrimas de ausencia
y la luz agonice, herida por la noche.

RESPLANDOR

Quando llegas al mar por vez primera
miras la tersa inmensidad del agua,
su aparente quietud; y ves gaviotas
de aquerenciados vuelos, breves barcas
cargadas con la plata del despojo,
y el litoral de arena sofocando
el desbordante intento de la espuma
de prolongar su fervorosa entrega.
Y todavía no sabes que el mar tiene
en sus profundidades siderales
sitio para el alojo de tu sangre.

Mas libera tu cuerpo del atuendo
que identifica grisáceos destinos,
deja que suene el viento alegremente
sobre la piel que apenas reconoce;
y abre los labios para que su aliento
se llene de salinas claridades.

Entra en el mar, como una proa que inicia
la ruta codiciada; por el tajo
caliente busca sus hondas venas,
y baja por los cauces submarinos
hasta el definitivo firmamento,
donde palpitan soles germinales
y hay una sombra horizontal que aguarda
la arribada final para ser vuelo
que eleve eternamente tu presencia.

En el astral paisaje, mira el día
desasido de angustias y relojes
tutelando los sueños matutinos
para que en ellos la palabra se una
al indeleble corazón del agua;
y ve cómo en tus ojos sumergidos
se irisa la fragancia de la luz
que nuevamente nace en tu mirada.
Allí habrás conocido el despertar.

Regresarás al cielo de los pájaros,
a la tierra de pasos terminales,
confiada tu canción, voz empapada
del abisal misterio desvelado.

Y cuando hayas dejado en tus orillas
las aguas afluentes, desemboca
en el cálido lecho que te aguarda
para ser tiempo vivo, resplandor.

LA MÚSICA DEL MAR

En la pautada ribera
el mástil marca a las aguas
el ritmo de la marea.

–La barca, sobre las olas,
meciendo su cantilena–

Arriba, entona la luna
un aria de argétea luz
que se hace coral de espumas.

–En la bóveda celeste
el destello de la música–

El auditorio marino
abre puertas submarinas
para que emerja el sonido.

–En el hondón de la noche
la arcana voz del abismo–

Noctámbula, mi alma escucha
todo el concierto salino.

SIRENA

Una muchacha,
mascarón dorado,
fue abriendo el mar.
–Ella y su estela de esparcidos soles
alborearon mis ojos–

Incandescente, el aire
levantó llamaradas en su pelo;
y el beso de la sal
puso en sus labios
un rescoldo de luces.
–El henchido velamen de su pecho
por la candente ruta de mis venas–

Pasó su arboladura coronando
rojas espumas, cristales de fuego.

Volvió el mar a cerrarse.
Atrás quedó la niebla
en la insólita tarde.
–Aún pervive en mi queja
el centelleo huidizo de su cuerpo–

CAMPO DE TRIGO CON VUELO DE CUERVOS

Van Gogh

La tela, que fue blanca,
hoy es verde, amarilla,
violácea, anaranjada.
Se ve un curvo camino
trepando hasta el confín de la senara
donde pájaros negros
hieren el turbio cielo con sus alas.
El aire, en torbellino,
suena como una fúnebre carraca.

Llega un hombre al paisaje:
tiene febriles ojos, roja barba;
una venda enmohecida
cubre el tajo feroz que la navaja
dejó en su hundido rostro.
Cuando camina, en sus hombros carga
el malogro de un sueño.

La tarde es una llaga
destilando la hiel sobre sus labios,
vaciados ya de besos y palabras.
Arde el aire; lo empuja
desaforadamente hacia las llamas
del trigal encendido. Llegan cuervos
con sus filos de muerte; en su mirada
sacrifican la luz.

¡Cómo quema la vida su esperanza,
y cuánta opacidad sufren sus manos
hechas de luminosas pinceladas
como coral deslumbre!

Siguen bajando cuervos en bandada;
suben olas de fuego que le ahogan
el deseo de vivir. En el ocaso sangran
su corazón y el día, y brama el viento
como infernal trompeta que anunciara
los caballos finales.

El pavor de este hombre ¿quién lo acalla?
¿quién borra su locura con un beso
que dejan sus destellos en las limpias retinas?
Está solo, entregado, como brasa
que en el voraz paisaje se consume
ahíta de pretender ser luminaria
celebrando el ritual de la belleza.

Y ahora, qué hacer: ¿recuperar el alba
tras otra larga noche
y volver al dolor que se derrama
impetuosamente cada día?

Tan sólo la clemencia de una bala
recobrará su paz. El estampido
suelta el torrente de su sangre clara,
que no cesa; e irisará los ojos

como un hermoso flujo que los alza
a su elevado ensueño.

La tela que fue blanca,
después verde, amarilla,
violácea, anaranjada,
se abre bajo el frescor de su estatura
y lo cubre de cálida mortaja.

El paisaje se tiñe, ennoblecido,
de sangre viva, sangre apasionada.

BREVE ENCUENTRO

La noche aún no ha llegado
hasta nosotros. Queda tiempo.

Mantienen las anónimas paredes
frangas de luz,
fino brocado de oro
enmarcando el paisaje
de estas horas pasadas,
y el aire que nos cubre es transparente,
sin el dolor rojizo
que el sol deja en el filo del ocaso,
donde se le ajusticia cada día.

Queda tiempo. apuremos
estos rayos finales
ante de que los ojos sean privados
del resplandor prohibido,
y se haga fondo negro la mirada.

Cuando llegue la noche
y nos cubra de ausencia
ya habremos disfrutado la claridad ardiente,
y nos separaremos.
Otros cuartos aguardan,
con luces fingidoras y relojes celantes,
nuestras sombras.

Pero nos queda tiempo todavía.
Amémonos de nuevo.

VIENTO

En el camino
borra el viento mis huellas.
De mi paso no queda más vestigio
que los débiles ecos de un poema
que nunca acabo de decir,
que siempre está en mis labios, como queja
de palabras sentidas que mantienen
viva esta peripecia
de andar forzosamente, dejar atrás la vida
y cada día ser más sombra y tristeza,
voz a merced del viento
que se adueña
de su elevado vuelo y la lleva al olvido;
este viento implacable, tolvanera
que deja tras de mí la sinrazón
de no encontrar la luz entre la niebla.

APARICIÓN

Linda el anochecer con nuestros pasos
en esta tarde pálida.
Andamos afligidos, sin sosiego,
y aún pena la mirada
la orfandad por su ausencia.

Súbitamente, el aire se briza con palomas
y se ha abierto la luz como un poema
que cantara el amor.
Nos hemos detenido, atentos al prodigio.
¡Ha venido!, alegría largamente esperada.
¿Quién, sino él, prodiga la caricia
que hace de nuestros cuerpos
celestes surtidores,
y ennoblece los labios
con las limpias palabras de su hombría?
¿Quién emana el aroma frutal de su presencia
y nos unge de paz con sus pacientes manos,
y ofrece el corazón en el que nuestras venas
conocen la pureza de la música?

Tiempo de plenitud: aroman la mirada
los pétalos del día
y el polen de la vida habita nuestra sangre.
La tarde se ha hecho azul,
y es alto su respiro.
Cercano el horizonte, por él se va alejando

la sombra iluminada,
el rumor bonancible de sus pasos.

Todos marchamos tras de su luz.

Y SE ALEJA

Un río callado como un poema roto.

Un hombre que ha entregado
sus palabras finales.

Y el tiempo, que se lleva
la voz que ya no canta
en el cauce profundo de su pecho.

Se va el hombre, cubierto por las aguas
que lo arrastran a oscuras hacia el mar
en una eterna muerte;
y se aleja, se pierde penosamente mudo.

Desde la soledad de las orillas
suben trinos de ausencia por el aire.

CON ELLOS

La casa ya no existe,
pero yo aún vivo en ella.
Juntos, allí habitamos
un tiempo compartido
que hoy prolonga la arena
detenida en mis sueños.

Cuando se apague el brillo
que perpetúa en mis ojos
la bella luminaria
de los días entrañables,
un vendaval de olvido
recorrerá la casa,
esparciendo ceniza,
arrastrándola toda.

Nada quedará de ella.
El aliento encendido
morirá con mi ausencia,
porque se vive en tanto
un corazón mantiene
la llama del recuerdo.

VAN GOGH

Buscó su imagen en el espejo:
sólo vio sombras.

En la angostura de su cuarto
grajeaban pájaros oscuros.

Llegaba de la calle
el grito luminoso de la luz.
Él nada oía.

Bruscamente,
se anticipó la noche a los relojes,
en su nevada piel se abrió la rosa
y pétalos hirientes coronaron
una cabeza leal a su destino.

TORMENTA

Después de la tormenta
se reabren las ventanas
y se apaga la vela
que alumbra a santa Bárbara.

Aún guardan las paredes
de la alarmada casa
un temblor soterrado
en charnelas y lámparas.

En el campo, los trigos
sobre la húmeda parva
se resisten a ser
grano de mies segada.

Y arriba, el arco iris,
como alegre campana,
propaga que ha pasado
el rayo y su amenaza.

Después de la tormenta
vuelve al lugar la calma.

PÍO BAROJA

Bajo la vieja boina
y el trasnochado gabán,
don Pío. Sus ojillos van
mirando caer la fina
lluvia sobre la pradera.

Me crucé con él un día
en el Retiro. Yo era
un muchacho que emergía
en el mar de la canción;
don Pío tenía ya en la orilla
su cansado corazón
dispuesto a enfilarse la quilla
hacia ese puerto ignorado.

Fue un momento, y todavía
celosamente guardado
lo conservo. (Se perdía
la tarde tras la arboleda,
como don Pío, ya cansada)

Se apaga un hombre, otro queda
convertido en llamarada.

TENDRÁ

Tendrá mi corazón siempre una plaza
ornada con palmeras y vencejos,
alto reloj sin tiempos y una vieja campana
que da alegría o tristeza
según dicta la vida;
y en su bóveda alada y transparente
un entrañable sol, igual que la mirada
del niño que veía
cómo iban desgranando su claridad las horas

Está en mi corazón aquella plaza
esperando, impaciente, mi regreso.

DANZARINA

La danzarina sabe que su cuerpo
–imán, sierpe encendida, aleteos de palomas–
encauza los deseos en las miradas,
los hace tolvanera febril; y a su cintura
rondan ardientes, como girasoles
madurando sus sueños de apetencia.

La danzarina sólo mira a un hombre,
y a él eleva los altos manantiales
de sus brazos desnudos, el sensual ofertorio
de los labios sedeños, mientras trenza
entre gasas y címbalos su vuelo apasionado
al brillo de los ojos, señores de su cuerpo.

TIERRA DE ADENTRO

Y no es el mar.
Esos ojos lo ansían porque añoran
estíos en el frescor de sus espumas,
y fingen la pleamar en los trigales
bajo el aire candente.

Aquí la sal no posesiona labios
ni hay muchachas doradas en la orilla ,
del regato abrasado;
y los tapiares rotos no son barcas
varadas en la arena, sino tierra
desgajada del surco donde el hombre
ateza su jadeo.

En estos campos bullen los gorriones
su enquistado aleteo por las espigas,
pero los ojos miran la querencia
del vuelo de gaviota a los sargazos.
Y no es el mar.

Esto es tierra de adentro,
donde no se ve el mar, sólo se sueña.

LA CITA

Esta calle, con naranjos
amargos como el olvido.

Ese reloj de la torre
marcando un tiempo vencido.

El ventanal que no avista
los pliegues de tu vestido.

Y esta habitación, tan fría
sin tu cuerpo enfrebrecido.

Qué lejos tú de mi vida.
Yo, qué cerca del suicidio.

SIESTA

Aletargada en la siesta,
la calleja brilla al sol.

Adensa el aire un sopor
de mosca ruidosa y terca.

Jadea el perro en un rincón
sobre el ascua de la piedra.

Se amustia de insolación
la pueblerina calleja.

VENDEDORA DE PESCADOS

Lisboa

Sube el pregón humilde
por las gradas;
en los mimbres uncidos
se mecen las escamas.
(Dédalo de colores
el barrio de La Alfama).
Viejas ropas marinas
flamean en las fachadas
señalando destinos
que el viajero no halla.
(Adónde la salida
de este enjambre de casas).

Se ha callado el pregón;
brújula asalitrada,
la cesta, sin sus brillos,
retorna a la ensenada.
Nos vamos tras de ella.
(En Lisboa, los caminos
siempre llevan al agua)

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

TRES AÑOS PARA EL RECUERDO

1881

NACIMIENTO

Parten lentas cigüeñas
de Santa Clara.
Por las quietas callejas
se esparce el alba.

Un llanto apetecido
despierta al sueño.
Se despereza el río
de vino y fuego.

Y la cal blanca
-amanecer arriba-
trae la mañana.

Ha llegado a la vida
del verso la nostalgia.

1936

EXILIO

Barba de negro crespón
y unos ojos soñadores: Juan Ramón.

Un Moguer de labradores
y hombres de cobre y de mar
recoge su tardo andar
camino de los pinares.
Juan Ramón va meditando
con vieja melancolía;
recuerda, de un claro día,
agua fresca de hontanares
recorriendo y fecundando
los surcos de la ilusión.
Ahora, sólo la tristeza
que agosta su corazón.

El hombre que evoca y reza
se funde lento en la tarde.
Moguer, bajo un sol que arde,
se queda gris y aterida;
ha perdido en la partida
la luz pura del poeta.

Juan Ramón ya va, sin vida,
hacia un ocaso violeta.

1958

REGRESO

Para vivir su muerte entre las ascuas
y ser lengua de fuego en primavera,

al encuentro postrero con Moguer
el poeta vuelve.

Callada está la tarde
a la espera del verso recobrado.
y Juan Ramón se acerca,
descargado de ausencias y distancias,
a entregarle a la tierra
su voz inextinguible
(amarillo y alado,
cantor de nuevo, niño, más pájaro de Dios).
Mientras, el aire cesa
su llamada gimiente en los pinares
para que en el silencio de las horas rojizas
se enciendan, nuevamente, sus palabras.

Al trote de algodón y de azabache
que hace tierno el camino del regreso,
su sombra ya se acerca a los años de luz,
remontando tristezas, desnudándose plena
de antiguos desalientos.

Y llega Juan Ramón
rimando los recuerdos del tiempo deleitoso:
viendo partir la proa fatigada del barco
bajo el azul del sol,
aromando paisajes de romero y de brisa
con su aliento de lirio,
centelleando cristales en la alta vidriera

de la casa entrañable
mientras la blanca calle
es resol del pregón del viejo quincallero
que acude puntual a la dorada cita.

Vuelve a oler la fragancia
en el umbroso patio donde el calor sestea,
y el agua de la fuente,
jugosa como el verso,
por sus labios se ahonda
hasta llegar al fértil corazón.

Y en la tierra de todos,
eterna compañera de su melancolía,
ya está el poeta:
amamantando el alba con su savia de hombre,
musicando la lluvia
en el hueco profundo de sus ojos,
sintiendo en el recuerdo de sus manos
la asedada caricia de la flor,
convocando palabras germinales
en el bello recinto del poema.

Envuelto en la armonía inmarchitable,
aureolado de malvas y de oros,
definitivamente Juan Ramón.

RETORNO

Estoy cansado ya.
La larga travesía
ha agotado mi esfuerzo,
y voy a regresar.

Vuelvo desarbolado,
barco inerme que enfile
las aguas litorales
sabador del naufragio.

Se acaba el navegar.
Que los vientos amainen
y se aplaquen las olas.
¿Arribaré a mi paz?

LAS ASCUAS

Di cómo hemos vivido,
dónde, en qué forma,
porque ya la memoria se resiente
al recobrar lugares, fechas, usos,
y confunde en el sepia
lluvias y soles, vidas extraviadas
en el bosque de la lejanía.

Dilo, que sea tu sangre
quien regrese al ayer
y suture la herida del olvido;
tú, corazón que sufres
conmigo las ausencias
y ves que cada día se está vaciando,
más y más, el latido que sostiene
este apremio por ver entre las sombras
el envés de la luz que compartimos,
las ascuas que se apagan lentamente,

OTRO DÍA

El certero rigor de los relojes
desperezó las puertas y ventanas,
y la aurora llegó con revuelo de pájaros.

En las altas paredes,
la luz amaneciente
comenzó a despejar el borrón de la noche,
y en los patios vacíos
el aire solitario recobraba
compaña de pañuelos blanquecinos.

Se fueron apagando las miradas nocturnas,
el falseo de la luz metalizada;
y toda la ciudad –despierta, sonora–
se abrió al fragor del día,
otro cobrado instante
en el dudoso trémolo del tiempo.

Nuevamente la vida
cediendo a nuestras voces
esta única canción,
que repetimos cada vez más quedos
sin que hayamos logrado conocer,
plena, su melodía;
sin saber qué final entonaremos
–anónimos cantores en un ingente coro–
cuando acabe esta música.

EL ESTRAGO

Levantó la tormenta
súbitas desbandadas de pájaros fugaces,
y erizaron los vientos la hojarasca
con ráfagas oscuras.
Centelleantes trallazos espoleaban la lluvia;
caía desbocada desde nubes tronantes
creando orillas dudosas en efímeros mapas.
Llegada de improviso, la tormenta
desalojó el sosiego del paisaje.

Agitada, la casa había cerrado
sus ventanas y puertas.

Alguien trajo la imagen,
y un pábilo renuente congregó
apresurados rezos.
Todo este tiempo turbio fue un creciente temor,
un común desconcierto al sabernos inermes,
expuestos al estrago de su desquiciamiento.

Más tarde volvió el sol,
y recobró el paisaje su templanza.
Salimos al encuentro del aire transparente,
a sentir el murmullo fecundo de la tierra.
Con nosotros, nuevamente la vida,
ya alejados de un tiempo
fiero de hiel.

(Hondísimo el volteo, dentro del corazón
tañía la sangre su milagro)

Pero sabíamos todos que otro día
llegará la tormenta verdadera, su rayo decisivo.

Y no habrá taumaturgia ni recintos cerrados
capaces de ahuyentar de la mirada
el desmoronamiento de la luz.

LA LECTURA

El hombre está leyendo
versos apasionados. La mujer, escucha.
El lugar, transparente;
un espacio de luz
donde la magia de la voz libera
de espejismos el aire,
y en él quedan erguidas las palabras
(qué más desear, si nunca
estará tan cercano el paraíso).
Ofreciendo su fuego, la ardentía de la sangre
afluye susurrante hasta los labios:
–Contigo siempre el alba,
la hoguera sin cenizas,
el dorado temblor de las promesas
aventando en la parva del deseo...–

Pálpito enardecido,
el corazón rebosa los anhelos,
río sin riberas, torrencial corriente.
Llameantes, las palabras incendiarán los cuerpos
en la consumación ferviente del poema.

PARAÍSO

Desde el albor primero,
a la íntima penumbra
donde sólo se escucha
la urgencia del amor
están llegando pájaros.
Confiadamente vuelan,
cercanos, tejedores de luces;
y su coral querencia cubre el ámbito
de arpegios virginales.

El desbordado aliento del deseo
enciende las palabras,
el aire se hace angosto
entre los cuerpos,
y los amantes ven nacer los ríos,
recorren las praderas lujuriantes,
prueban el fruto de las tentaciones.
Y sobre ellos, los pájaros,
palpitante dosel para el encuentro
donde moldean las manos sus caricias
y los labios afianzan la amalgama.

Igual que en el comienzo,
cuando estrenó la vida su pujanza
y el cielo se mostró tras el relámpago,
a la íntima penumbra
siguen llegando vuelos,

los mismos que celaron
la eclosión del milagro
verdadero, fluyente,
el que nos entroniza como dioses de fuego,
llamas eternas en el paraíso.

VERANO EN EL TEATRO ROMANO

Arriba, el sol rebosa
en altos capiteles,
desciende por los mármoles
desnudos
y en la escena proclama
su mandato de fuego.
Se ahuyentan las palomas,
y retornan
sin encontrar tibieza
en los sedientos árboles;
y en las gradas finales,
la dovela ensamblada
ofrece en sus umbríos pasadizos
breve respiro para el aire denso.

Arde el día, el teatro es todo llama:
palabras de venganza y ambición,
coro de los presagios,
impasibles carátulas..
Sólo quedan pavesas de los ecos.

Mas los amantes arden
en su hoguera celeste,
más alta y encendida
que el sol. Y sus promesas
viven, se elevan, puras se derraman
como fecunda lluvia

para apagar el fuego
de la tallada piedra,
el ahogo del tiempo recobrado.
Surtidores ebúrneos, ya rebosan
vida y pasión, ensueños;
lo que perdurará cuando, abrasado,
deje el sol este tálamo fragante
donde el amor cobija los encuentros.

DESPERTAR

Bajo la luz del alba,
tu figura creciente
se abre como una rosa estremecida
con el frescor pujante de mis labios.
Tus pétalos de sombra y claridad
cierran la noche, abren la mañana.
Junto a nosotros, sólo el aire sabe
qué cantan las palabras,
cómo bendicen este nuevo día
que asciende, esplendoroso, por tu cuerpo
y muestra a la apetencia de los ojos
el aroma carnal de su tersura.

LA VERDAD

La urdimbre del poema
es la verdad que pongas en el verso:
tu sangre en claridad.
Después debes ornarlo con palabras en vuelo
que puedan propagar su escala luminosa.

El poema así nacido,
hacia la plena posesión del tiempo
remontará su voz.
Pero recuerda que sólo la urdimbre,
el sentimiento puro que lo traba,
logrará esclarecerlo
frente al silencio de los días esquivos
y el negror del olvido.

EL QUE AROMABA EL AIRE

Quien con los suyos habitó la casa
y en ella abasteció despensa y fuego
con la moneda gris de su soldada;
aquel que felizmente compartía
el pan y el vino de la alegre jarra,
y satisfecho daba por cumplido
su honrado esfuerzo en la ancestral jornada;
el que aromaba el aire adocenado
con la brisa vital de su fragancia
e iba alcanzando cumbres de armonía
tras la clara ascensión de sus palabras;
ese hombre que vivió y murió con todos
dejándoles su luz y su constancia,
la profunda solvencia de su hombría
y la fértil semilla, ya aventada,
fue quien llenó de sangre y claridades
el latido gozoso de la casa,
no el alarife que elevó sus muros
con la fría destreza del que alza
hueco para el cobijo, y ya se olvida;
y la deja desnuda y solitaria
hasta que otro hombre llega y hace de ella
entrañable lugar de la esperanza.

PRESENCIA

Si la luz se quebranta
y el viento aleja el eco de los últimos pasos,
es que se ha desplomado la voz
como árbol abrasado por el rayo mortal,
ése que espera, bien encendido su rigor helado,
ser la consumación del tiempo evanescente.
En su ceniza cálida
emergerán caminos sin encuentro,
y una niebla palpable
erá la cruel metáfora de vuestra soledad.

Solos, desorientados,
anhelaréis la mano que os llevaba al paisaje
donde mana el claror y vuelve el día
en su perpetua noria.
A vuestro alrededor, en coros acallados
aguardarán los pájaros.

Pero aún habrá una brasa en la tierra apagada,
apenas una brizna de la llama que fue.
Y si alentáis su brillo con vuestro fiel respiro,
recobrad el deslumbre
en las palabras altas, cariciadoras,
del hombre que en las horas duras de la tormenta
mantuvo su estatura
y en el ramaje herido

despidió la congoja de los vuelos postreros
con aleteos de sangre.

Se rasgará la niebla y se abrirán caminos.
Con vosotros, cantando, la voz recuperada
del fúnebre silencio.

EL HOMBRE QUE SE VA

El que evoca en la tarde
mañanas con palomas
en plazuelas abiertas
al candor de los juegos.
El que busca en la orilla
la punzante presencia
de los juncos erguidos,
y apuntala con ellos
su vieja rebeldía.

El que encuentra en la noche
la hidalguía de tu cuerpo,
y con él recompone
la ofrenda generosa.

El que aventa el olvido
y recobra palabras
en los ecos perennes
del corazón del tiempo.

El que ha vivido y vive
ferviente su camino,
y es contigo presencia
inseparable, sueño...

El hombre que se va.

FINAL

Cuando hayamos cruzado
el umbral,
el tiempo, con su llave
de ceniza,
cerrará tras nosotros
la puerta pavorosa.

Y de vuelta al origen:
voz no nacida, ausencia.
Mas ahora, para siempre.

TU VOZ

Tu voz llega en el aire,
pero no el aire bronco
que mascullas sus iras desaforadamente
y deja en las esquinas los despojos del día.
No ese aire que propicia oscuro parpadeo
en los ojos que acosa
y fustiga los cuerpos con su látigo ciego.

Tu voz llega en el aire
que ávidamente buscan los pájaros cantores,
de allí donde los astros mantienen su vigilia
y se escucha el latido eterno del reloj.
El aire que congrega palabras susurradas
y ecos de despedida
del tiempo que ha cumplido su ventura,
y entona en su floral escolanía la música más bella.

Tu voz llega del aire donde nace la luz.

EL MUNDO AMANECÍA

Callado estaba el aire. No traía
ni el gorjeo de ese pájaro que canta
dando fe de la vida. Tú y yo, solos;
oyendo en el silencio de la casa
el brioso despertar del corazón,
la pasión de la sangre recobrada
en nuestro pecho.

El mundo amanecía
-arrebatao amor, túrgida el alma-
para alentar en él y recordarlo
cuando ya no crepite en la mirada
esta luz taumatúrgica, que viene
a despejar la noche dando al alba
la armonía esplendorosa de los cuerpos
que irisan el cristal de la mañana.

EL RESPLANDOR DEL FUEGO

Este recinto cálido,
donde incubaba la noche
el fogoso respiro del deseo,
es el lugar del arrebatamiento.

Fuera sigue la vida
desangrando su luz,
nutriendo los recuerdos
de plegarias y sombras.
Y nosotros aquí, lejos del frío
y las horas oscuras,
ávidos del claror
que enciende las palabras sumidas en ceniza,
estremecidos bajo su deslumbre.

¡Qué nos importa ahora
cómo se empoza el tiempo
en los hondos recodos del olvido,
si hasta nosotros llega, seminal,
la sangre enfebrecida de las fluyentes venas,
y el esplendor de la mirada amante
se hace llama!
¡Qué nos importa ese jadeo de pasos
buscando vanamente la salida
del negro laberinto,
si cuando nuestro aliento
avente el desconsuelo

el día será surgido amanecer,
y habremos desterrado el penumbroso
lamento de la vida,
de este recinto cálido,
lugar donde nacemos al resplandor del fuego!

LA NORIA

Tenías los labios sumergidos
en el embozo de las sombras.
Yo los buscaba sin lograrlos,
y era profunda mi congoja.

Pozo cuajado de deseos,
luna creciente en su ufanía,
sin el reflejo de tus aguas
no logré ver la amanecida.

Y sin embargo, tú habías sido
fresco caudal, luz, primavera.
¿Qué voz desierta habrá agostado
la lozanía de tu afluencia?

Tiempo y olvido me distancian
de tu añorado manadero.
La vieja noria de los días
emerge exangüe de mi pecho.

EN LA FECHA CUMPLIDA

Allí, donde la luz se desvanezca,
en el confín callado
que silencie los labios,
quiero tu último beso
para sellar el sueño bellamente vivido.
Allí, junto a la sima que despeñe
ceniza apasionada
al páramo profundo del olvido,
deseo tu ardiente beso
en la fecha cumplida de mi sangre.
Solamente tu beso –bóveda del milagro,
comunión con el fuego que amalgama–
desarraigando el frío,
haciendo vivo el tiempo de la espera.

OTOÑAL

¡Qué tenuamente cae
la lluvia primeriza del otoño
sobre la tierra polvorienta,
aún cálida!

¡Y cómo ve la luz,
tras de la frágil celosía del agua,
el anuncio de un tiempo desabrido
que trae a la mirada
la opaca pesadumbre del aterido invierno!

MARINA

Ese sol del ocaso,
cráter ensangrentado
que en el ara salobre
sacrifica los días,
enrojece en la orilla
los cuerpos entregados
al encuentro furtivo,
ascuas de inmolación
en el volcán del agua,
estrellas refulgentes
de un nuevo firmamento.

(Cae la noche, y la playa
se ofrece a los embates
de un mar que la reclama enardecido)

UN RESQUICIO

Necesito que vuelva
a mí la fe,
aunque solo sea un rayo
parpadeante y tenue
desgajado del techo esplendoroso
que fue antesala de mi recompensa.

Será bastante
ese hilo inaprensible,
mostrándome un resquicio iluminado,
para elevar mis ojos
de este frío abatimiento que los ciega
y volver inocente al tiempo maternal.

(Oigo mi corazón;
está sediento de luz venidera
en esta sequedad que trae la tarde)

EL ALDABÓN

El de ayer se marchó,
y hoy en la puerta aguarda
otro día ya distinto.
Suena dudoso el aldabón, temprano;
y voy abriendo con temor la hoja
de la puerta que tiene
sus goznes chirriantes,
porque no sé si llega con templanza
o con la bronca voz de quien anuncia
el desespero de lo irremediable.

Vuelven a mí las horas.
Desleales o fieles,
conviviré con ellas resignado,
anhelante.
5Mientras, voy apurando
este jirón de luz que me conceden,
donde se enseñoorea la mirada
con los restos del tiempo fenecido
que jalonan los sueños.

NIEBLA IMPURA

Por ver si atemperaba
la creciente sangría de la luz,
el estertor de las rojizas horas
que amedrenta mis ojos,
salí al paisaje herido
que vengo recorriendo.
Solo encontré la niebla
espectral y profunda, turbia sima:
el humo de las voces inmoladas,
las sombras zozobrantes de los vuelos
cubriéndome de tensas inquietudes.

Confuso, el corazón buscaba
lugar donde el latido recobrase
su armónico concierto;
y era su voz reclamo sin respuesta:
¿por qué no se elevaba la claridad,
regresaban los pájaros con su rumor de ángeles
y en las manos desnudas
vertía la mañana su dádiva de oro?

Me agobiaba el desnudo recorrido,
la infausta soledad de mis palabras;
e intenté regresar a mi lugar de siempre,
cobijo que guarece todavía
el quebradizo impulso de la vida.
Pero no lo encontré;

se había desvanecido entre la niebla impura
todo lo que antes fuera transparente a la luz,
sonoro en el torrente
que estremece la sangre con su anhelo.

Pensé que era el momento
de rendir lo vivido,
y resignado me tendí en la tierra
para que me cubriese
esta niebla postrera que amortaja
un cuerpo desasido de sus confiados sueños.

Y espero.
¿Cómo será la noche que se acerca?

ÍTACA

Volvemos a morir a nuestra infancia,
este tiempo habitado por arcángeles
que te alzan en sus brazos
y te conducen
al lugar milagroso, donde el aire
es un conjuro azul de pájaros cantores,
y la mirada
recoge de la luz inmarchitable
el dorado arrebatado de los días,
el humano caudal de la inocencia.

Perdido ya aquel reino deslumbrante,
en los ojos la bruma enseñoera
el oscuro destino de la vida,
que se va despeñando en el ocaso
descarnada de soles,
sin el rumor gozoso del inicio.
Y al ayer regresamos,
al reencuentro final con los recuerdos,
dispuestos a adentrarnos por lo inhóspito
hasta encontrar nuestra añorada Ítaca,
perdida cuando el tiempo nos impuso
su exilio del candor.

Sí, volvemos a morir a nuestra infancia,
donde buscamos recobrar un sueño
que acompañe el camino del retorno.

LIBROS

Las fecundas palabras
en los libros que fueron
las puertas que accedían a las revelaciones;
el enigma iniciado al ver crecer la vida
en los surcos feraces de sus siembras;
la épica exaltación
que forjaba los sueños juveniles:
fascinantes lecturas en el comienzo puro.

Todo aquello que amé
cuando mostró el asombro su pujanza,
sigue conmigo.
Las oleadas de sombra del crepúsculo
no han conseguido ahogar este deslumbramiento.

La noche, que se acerca codiciosa,
soslaya el territorio de la edad detenida
en las fervientes páginas,
la intacta transparencia de los días germinales
que cubrieron mis ojos de frutos milagrosos,
estos que ahora recobro –jugosos, mañaneros–,
con los que me distancio
de la incierta lectura de párrafos oscuros.

EL DESPOJO

En esta calle, hoy casi desierta,
lastimera en sus puertas y ventanas,
fachadas donde el tiempo ha tatuado
la vejez desconchada de sus calles,
habitó en otros años la alegría
del sol en sus domésticos dominios,
porque eran días distintos y felices.
¡Qué hermoso fue vivir bajo las alas
de sonoras cigüeñas y vencejos
enseñoreando el aire mañanero,
aromado por pétalos rojizos
y griterío fragante de la infancia
que aquí creció, fecunda, verdadera!

Fue cálida la calle. Al recordarlo,
doy pulso al corazón, luz al pasado;
y retorno a las horas iniciales
para elevar mi voz, clarificarla
soñando cuánto amé a esta breve calle
donde la vida fascinó mis ojos,
entonces desprovistos de tinieblas.

Ahora que todo ya se desdibuja
nadie venga a decirme que renuncie
a recobrar jirones de mi infancia,
cuando se borran los deslumbramientos
en la opaca distancia del olvido,

y solo me consuela del despojo
saber que aún se mantiene en lo profundo,
como una débil llama que no cesa,
el luminoso trazo de esta calle
que fue candor y gracia, amanecida.

VIENTOS

Como al viejo ramaje, en el invierno
acuchillan los vientos las palabras.

Despojada de velos trinadores,
mi voz, herida abierta, se desangra.

Árbol que fui profuso, desgajado
por el furor del tiempo en desbandada.

LA SONERÍA

Si tocas este poema,
si acarician tus manos
el ardor de su piel
con el tacto impaciente del deseo;
si escuchas sus palabras transparentes
alzándose en el aire
como la sonería de un corazón que canta,
y ves con su mirada
vaciar en el crepúsculo
el sueño acuchillado de la luz,
ya me tendrás contigo.
Y si por él ahondas,
en el albo venero de la voz
conocerás el curso de mi sangre,
su sonoro caudal hacia el silencio.

DESEO

Busco la disciplina
coral de las palabras
musicando mi sangre,
haciendo cadencioso su latido.
Deseo que en la besana
fecunda de mis labios
germine
el acorde aromado de sus notas,
y haga del sentimiento
polen que el aire lleve
hasta otros pétalos.

Si mi voz lo merece,
que se acabe esta búsqueda
y venga a mí el poema.

LA CELEBRACIÓN

Un hombre que se cubre
con la espaciosa luz
de la mañana.
Mientras,
en las afueras de sus ojos
con creciente hosquedad
se desploman palabras, cuajan penas.

Pura, la claridad borra el estigma
del tiempo anochecido
y lo hace amaneciente,
terso aire donde suena
el despertar de la celebración,
alegre envés de la acuciante sombra.

LA DUDA

La ansiedad de la luz,
que asciende cauta
temiendo que algún día
no logrará alcanzar
la plenitud del alba.
Su inquietud hasta ver
si el despejado flujo
del regreso
clarecerá los lutos
de la noche;
la duda de ser llama
que se extinga
sin encender el aire.

Ni siquiera la luz
que franquea la mirada
sabe si su destino será eterno,
y aguarda temerosa
por si la honda negrura
abisma el despertar de la mañana.

EL RAYO

Fue un penetrante espasmo,
y su filo metálico
ha desgarrado nubes
y vertido en los ojos
la oscura torrencera,
lloroso lienzo que amortaja al día.
Y hasta mi pecho baja.

Miro, indefenso, cómo me atraviesa
y empozoña la sangre
esta imprevista herida;
oigo el rotundo rastro
que aturde mis palabras con turbulenta voz
imponiendo el silencio temeroso.
¿Ha llegado el momento?

Si he de partir ahora,
que alguien venga y libere
mis lastrados impulsos
del fulmíneo rigor,
y haga que el desbocado
viento de anohecida
amaine esta presura
que violenta el adiós de los pañuelos.

LA VELETA

Gallo de herrumbre y tiempo,
prisionero obedeces
las órdenes del viento.

Busca la libertad,
y recupera el cetro:
tú eres rey del corral.

PARÍS

Llegué cuando el otoño guarecía en las aceras,
bajo alegres paraguas, confidencias y besos.
Bajaban hasta el Sena hojas, como misivas
de hendidos corazones en árboles cercanos;
mientras, la lluvia cálida puntilleaba lanchones
que se alejaban lentos bajo puentes solemnes
en los que se doraba la tarde apetecida.
Zureaban palomas convocando la cita,
y era tal la vehemencia de su tierna llamada
que la blusa entreabría su ventana de seda
deseosa de tenerla anidada en el pecho.
Sugereente, sonaba en un café de barrio
la música festiva del raudo acordeón.
Y era París. Mis pasos buscaban, presurosos,
el encuentro fijado con la alegre muchacha.

LA ORQUESTA DEL *TITÁNIC*

Aquella música,
escrita para abrir los corazones
a la armoniosa calma,
nunca sonó más pura, más excelsa.

Abatió el mar la altiva
magnitud del acero;
sus aguas sumergían
sueños inacabados en el fondo voraz
(lazos de muerte uniendo
en babélicos haces
tantas palabras últimas)

La música pulsaba los latidos
del tiempo agonizante;
se abismaban sollozos
mientras iba la orquesta
siendo acallada por la oscura sal,
sumida en el silencio
funeral de los naufragos
(sobre el clamor del duelo,
el adiós del arpegio
como el canto de un pájaro
que se pierde en la noche)

Nunca el *Largo de Haendel*
-¡nunca, nunca!-

se oyó tan cerca de los corazones,
sazonando de temple la amargura
con una voz hermosa en su tristeza.

VENECIA

No solo los metálicos caballos
que encandilan al sol,
o la varada plaza de San Marcos
donde los acrecidos aguaceros
confunden a las góndolas,
ni el puente de Rialto que conduce
al dédalo del agua oscurecida
y al verdín que maquilla
el añoso semblante de la piedra.

Venecia es algo más
que esta armoniosa pátina de un sueño;
el marmóreo festón
tras el que avistan ojos impacientes,
en la hora de la cita;
irisados encuentros en el café Florián
ante espejos que aguardan
la festiva riqueza de sus máscaras,
o el vaporetto que en el Adriático
satisface sus ínfulas viajeras
con el trajín pujante...

Toda Venecia es tiempo detenido,
pálpito apasionado que no desea morir
y ofrece a la mirada su viva majestad,
crepuscular visión
que hemos de mantener en la memoria
como la bella lágrima de una ardiente elegía.

PEPE LUIS VÁZQUEZ CITA AL TORO

Al aire la llamada de tu voz;
al aire enrojecido de la tarde,
taraceado de sangre que desborda la herida.
Al aire fervoroso que adensa su respiro
aguardando la magia, su festejo,
los pulsos recobrados.
Al aire ensoñecido, brizado por vislumbres
que dejan en los ojos armónicas cadencias.
Al aire alado que levanta airoso
los dardos retadores hacia cúspides vivas,
donde quedan prendidos
como irisados pétalos de una flor volandera.
Al aire soleado que se tornará luto
cuando concluya el rito devotamente unguido.

Al aire, que es pasión y primavera,
labio carnal sangrante, clamoreo,
alzas tu voz, concitas a la muerte
sobre la ardiente arena de la plaza.
Y el toro, Pepe Luis, negro turbión,
hacia tus oropeles brilladores
llevará su caudal, sus cortantes orillas
como riada tremenda donde anegar los sueños.
Y tu grácil muleta encauzará el empuje
de las aguas furiosas, ya lentas, serenadas
tras el puente que alza la gracia de su arco
y dejan en las retinas la esbeltez de su altura.

ESOS DÍAS

A Eladio Parodi, in memoriam

Hay
días que no debieran
venir... Cuando amanecen
sueltan los vendavales
airados de sus horas,
y un frío zarandeo
nos somete y arrastra
a parajes hostiles,
donde el dolor aguarda
con su filo cruento.

Son los días sangrantes
de las mutilaciones,
cuando la pena es tajo
que cercena la vida
y en muñones oscuros
afianza su presencia.

Hay
días que no debieron
llegar hasta nosotros.
Pero, ¿cómo evitarlos,
si también forman parte
del tiempo que nos lleva?

MEDITACIÓN

Aunque la aciaga noche
se perpetúe en los ojos
en una hora final,
y las voces lastradas
se hundan en el silencio
funeral de la ausencia,
pienso que ser latido
del tiempo evanescente
hizo a mi corazón
manadero y ocaso
de la luz palpitante,
que enciende mis palabras
en el ámbito oscuro
de este confuso sueño.

SANGRE CALIENTE

Mira el dorado pájaro
que se posa en tu pecho
y picotea febril,
buscando en el venero de tus días
aquel chorro de luz
que hizo resplandeciente la mañana.
No lo ahuyentes,
déjalo que penetre hasta el ayer;
siente su íntima búsqueda
hasta encontrar tu voz más verdadera.
Y hazlo sangre caliente que retorna
en el milagro de otro amanecer.

CÍRCULOS

Arrojada la piedra,
abre en el agua círculos
que durante un instante
se expanden codiciosos,
y finalmente mueren.

Así la vida, piedra volandera
que tiende sobre el agua de los días
su vehemente respiro,
hasta que el aire ahoga
su bracear,
desciende a lo profundo
y el círculo final se desvanece.

CRISTALES APAGADOS

Esa luz de la estrella,
que fija en la mirada
su lejana vigilia,
es la misma que vieron otros ojos,
ojos que no alcanzaron
a mantener el fuego
en las horas postreras.

Cuando desheredados
de su lumbre
no logren ver la llama indeclinable,
también serán mis ojos
cristales apagados
que fueron, un instante,
el reflejo engañoso
del tiempo con su azogue evanescente.

CANTANDO BAJO LA LLUVIA

Cubierto por la lluvia,
sonoramente
el hombre chapotea
sobre los adoquines
de la calle nocturna.
Alumbran las farolas
sus cadenciosos pasos
volanderos,
y el paraguas lo alza
a su cintura
en ingrátido abrazo.
Alegremente,
va meciendo su cuerpo
entre profusas gotas
que caen acompasando
el ritmo de su voz,
que comienza a empapar
los corazones,
y arraiga en ellos
la insinuante grafía de su belleza.

OLIVAREROS

¿Escuchas esta música?
Viene del olivar,
y tiene la fragancia
de un canto labrantío
en el cuajado otoño.

¿Oyes cómo se mece
el aire verdecido
con el bracero tenaz,
y en el conjunto armónico
distingues ese acorde
que repite, sonoro,
la pureza ancestral
de esta música sacra?

Atentamente, escucha
la sinfonía del campo
pautada por el hombre
con esforzadas notas.
Ella te ofrece, austera,
su cadencia nutricia,
consumación de un rito
que santifica el día.

FAR-WEST

Los jinetes galopan
briosos, exacerbados
tras atávicas flechas
de pálidos destinos.
Espumean los caballos,
y van dejando rastros
de incendiarias centellas.

Se alejan. Suena el eco
del presuroso rifle;
y allí, en el horizonte,
se desploman los cuerpos
de bélicos colores
y emplumadas coronas.

Lentamente, dudosas,
van llegando carretas
avezadas al riesgo;
y sus ruedas enmarcan
en la intacta pradera
un territorio abierto
al esfuerzo del hombre,
para que en él asiente
el rebaño y la gleba.

(Y la sangre aherrojada
enrojeciendo el aire)

ENSUEÑO

Este hilo de luz
que entra por la rendija
y acaba en la pared,
trae a la oscurecida habitación
la claridad del día soleado.

¿Si tiro de esa hebra sutil
para ovillarla
y le entrego a mis manos
la aurífera madeja,
podrían tejer los más férvidos sueños
con la pureza de un trenzado intacto?

Lo intento. Lentamente
van tornando a mi vida
latidos de pasiones, sonería
de las palabras bellas
que juraron los labios,
los destellos fulgentes en las consumaciones,
el enlutado vuelo de campanas...
todo el clamor de sangre
que mis deseos recobran
para que resplandezca su añorado deslumbramiento,
sin temor a la niebla
que borre el luminoso regreso del ayer.

(¡Cuánto habrá de durar este ensueño mirífico!)

UN CORAZÓN SIN SOMBRAS

Lleva la dignidad de aquel que vive
sabiendo que sus manos
cedieron a otras manos desvalidas
las doradas monedas que apaciguan
la perpetua orfandad;
que acogieron, amantes,
el prieto talle donde la semilla
cuaja el deseo carnal;
y escribieron benéficas palabras
para aclarar la niebla de los días opacos.
Sus manos, que portaron con denuedo
la enseña de la luz y la hidalguía
en la ruda batalla de la vida.

Ante vosotros pasa.
Fijaos en su porte no doblegado,
en su sonrisa, izada
frente al furor del tiempo
que él desdeña, aun sabiendo
del próximo naufragio.
Miradlo, porque pasa
un hombre verdadero,
un corazón sin sombras sereno ante el ocaso

LATIDO ASTRAL

Esta ilusión al ver
cómo los pájaros
acarician el aire,
y se alejan y elevan
buscando el manadero
donde surge la luz
que en las constelaciones
se engasta palpitante.

Y mi deseo de darle
al corazón, casi apagado,
la imagen de ese vuelo
adentrándose en mí,
habitando la sangre
para que se haga cierta
la promesa.

Y en un imaginario
despegue hacia la altura
-ya desembarazado
del peso del ocaso-
alcanzar el lugar
donde el día se eterniza,
ya puro resplandor,
latido astral, origen.

ECO LEJANO

Quizás en otro día,
cuando mi voz no sea,
más que el eco lejano
de un hombre que buscaba
la respuesta,
alguien lea mis poemas,
sienta sus inquietudes
e intente columbrar
qué habrá tras este sueño,
eslabón que nos une
y encadena al origen.

Quizás en otro día, mi palabra
vuelva a sonar doliente
en otra voz desnuda que se adentra en la noche.

¿ADÓNDE?

Era la luz que alumbraba el poema.

¿Adónde fue?

Vivía llena de gracia y primavera.

¿Adónde fue?

Sacralizaba el día con su presencia.

¿Adónde fue?

Hay un rastro de pasos que se alejan.

¿Adónde fue?

Me ha desgarrado el corazón su ausencia.

¿Dónde hallarla?

FIDELIDAD

Blas de Otero creía en el hombre,
en la paz y en la patria.
A pesar de haber visto
espaldas azotadas por la tralla cainita,
incendios en los ríos donde desovan
estrellas que cayeron apagadas,
relámpagos atávicos y el cuchillo furioso
que, tras drenar la sangre,
busca el pan impoluto,
él, Blas de Otero, poeta, creía.

Por el perdón fluyente en su latido,
el ansia de concordia en la palabra
y el ámbito llameante
donde su luz nacía para todos,
he creído en Blas de Otero.*

**Blas de Otero tiene un poema con este mismo título*

LA MUDANZA

Huele a lluvia temprana
en este otoño
que acaba de nacer.
Los pámpanos sostienen
los dorados recintos
donde los viejos dioses
trasegarán su néctar.
Está el sol madurando
polvorientos caminos
del estío,
y las cigüeñas llegan
en su puntual retorno.
En la bronceada tarde
envían las alamedas
sus hojas, donde el tiempo
anuncia la mudanza.

La sangre se remoza
en el sereno otoño.

EN MÉRIDA

Mirando al blanco mármol
que aún deslumbra.
En Mérida.

Cruzando el puente, arcada
de los siglos.
En Mérida.

Escuchando en la escena
eternas voces.
En Mérida.

Apego a un tiempo amado,
irrenunciable.
Sí, en Mérida.

CANTATA AL VISITANTE DE MÉRIDA

Esta ciudad no late si tú no la acaricias,
si no tocan tus manos
la calidez del mármol que modela su cuerpo,
ni los labios encienden
palabras que iluminaen su noche dilatada.
Esta ciudad, si se abre
a tu mirada amante,
desbordará tus ojos
con las aguas serenas del río,
que la pretende
ofreciéndole adelfas y juncos rituales;
te mostrará las venas
calientes de sus calles,
la historia de sus piedras
donde es hermoso ver cómo el tiempo remoja
el caudal de su sangre,
y esta cubre osamentas, escena silenciada,
tajamares que hienden la tersidad del agua...

Trátala así; verás cómo te ofrece
la prístina emoción de su ascendencia,
inigualable luz que lentamente
va mostrando retazos de otros días,
marciales y perpetuos.

Que sea tu corazón fanal que guarde
el esplendor yacente,

y alumbre, perdurable, tu memoria;
viva emoción que haga emerger, votivo,
el tiempo soterrado, su grandeza.

PRONUNCIANDO TU NOMBRE

Te busqué en Soria.
Allí todo seguía como tú lo cantaste:
el río, curvado en su breve cintura;
las graves campanadas de la Audiencia;
el aire fino de la cumbre fría
sonoroso en las hojas de los álamos...

Te busqué. Oía tu voz
en el rumor sin horas del casino,
entre pupitres y pronunciaciones,
en la plaza nocturna que velaba tus pasos.
Pero quise escucharte en cercanía,
y comencé el camino a San Saturio.
Y llegaste a mi lado. A nuestros pies,
la alfombra bronceada del otoño
recogió el lento andar hacia la peña.

Meditativa y honda, llenaba tu palabra
de luces mi silencio.
Se hizo corto el camino y, cuando ya ascendías
por los altos peldaños hacia el azul perpetuo,
dejabas en mi alma la sombra de tu ausencia,
que ahora evoca mi voz adolorida,
pronunciando tu nombre, buen Antonio Machado

CALLEJÓN DE LOS NEGROS

Cádiz

¿Venían por el callejón,
confusos, negros cautivos?
¡Ay, esta imaginación!

De tan cercana la mar,
el aire traía a mis labios
la comezón de la sal.

En la taberna se oían
relatos de navegantes,
voz de la melancolía.

Callejón donde enrolaban
a hombres de yodo y de sol,
ya presencia desolada.

¡Cuánta ausencia recorriendo
ese espacio marinero
donde quedó anclado el tiempo!

PEDERNALES

Pasa el lobo, distante,
solitario.

Busca en la noche
la nieve dormida
en apretado fajo,
donde poder hincar
pedernales voraces.

Aguarda el aire,
y tiembla
porque pronto el silencio
vendrá roto
por el desplome trágico
de cuerpos
y los fieros aullidos
que celebran
el grito desgarrado de la sangre.

RACIMO

Es un hermoso cráter
de sangre que rebosa
y cuaja en un racimo
de labios abstraídos,
como besos que buscan
perpetuarse en el fuego:
el clavel.

COMO PÁBILO

Ahora tengo en mi mano
una vela encendida.
Miro cómo se aferra
al deseo de ser llama
cuando mengua su luz.

Mi vida, como pábilo
que declina su fuego,
también inútilmente
quiere que su llameo
se avive y se prolongue.

Quien encendió mi sangre
¿por qué no la mantiene
alumbrando el latido?

Cercano a la ceniza
arde mi corazón.

EL RÍO

Fugazmente recorre la mirada.
Y se aleja.

No detiene su flujo permanente.
Agua huidera.

En las orillas va dejando sombras.
Se hace ausencia.

El río, que hacia su origen se encamina.
Y no regresa.

SEGÚN

Si regresan los ojos al ayer
y contemplan, velados por la niebla,
los días que fueron cálidos,
y están allí,
donde el retorno es sueño:
alegría.

Si ya es breve el camino
que resta por cubrir,
y el tiempo se apresura
a devanar sus decadentes horas
sin que trencé la imagen del pasado:
tristeza.

La vida: evocación frente al olvido.

DESALIENTO

La tierra nunca acaba
de decir cuánto ansía.
Jamás fija los límites
de su infausta apetencia,
y nos llama, acuciante,
sin conceder descanso
a su tarea cruel.

Los que ya están en ella
sabrán, probablemente,
qué hace con tanto cuerpo
descarnado,
ella que no conoce
el ardor de la sangre
y pierde, indiferente,
la ansiada primavera.

EL BOSCAJE

En el verano
las muchachas del sur
atezan su apostura,
y sus ojos ofrecen el fulgor de la noche.
En esos días ardientes
sus cabellos se aventan como mies encendida
y los cuerpos cimbrean el aire enardecido.
Cuando la noche llega
su soledad se pierde
en el bosque íntimo,
y el encuentro furtivo
desvela el solitario silencio de los pájaros.

MOMENTOS DE CENIZA

Estas manos ya ausentes
del calor de otras manos,
fatigadas de adioses
con pañuelos de lágrimas,
frías y sarmentosas
por el rigor del tiempo,
son las que en otros días
saludaron la luz de los hechizos
como irisados pájaros
uncidos al deslumbre.

Aunque ya no posean
el ardoroso pulso de la sangre
que las hacía llamear,
y hayan perdido el gozo
táctil y enardecido del deseo,
siguen siendo las manos
a las que debo ardientes
momentos sin ceniza.

Son estas manos mías,
que ahora llevo a los ojos
para secarme el llanto.

EL ARROYO

A orillas del Albarregas
el niño correteaba.

Con su vocación de río
fluía, trabajosa, el agua.

Los arcos del viejo puente,
solitarios, bostezaban.

Solo la alegría del niño
hacía la tarde dorada.

BANDOLERO

Cruzando Sierra Morena,
mi caballo, las alforjas
y el trabuco en bandolera.

¡Galopa, tordo, galopa,
que atrás se quedan los guardias!

Yo agrando con las espuelas
el aire que nos distancia.

EL TERCER HOMBRE

Orson Welles

Viena en la noche cierra
sus puertas y ventanas
para no respirar
el aire miserable que la hostiga.
En una de sus plazas solitarias,
un hombre, entre las sombras,
aguarda la llegada de otro hombre.

Forzados en la búsqueda,
ya se acercan los pasos;
y en el encuentro aciago
el ayer y el presente
cuajan su desaliento.

Por las alcantarillas
bajan las aguas negras
y huyen los hombres
de la sangre impura.
Mientras, en los borrones
del silencio
albea el tañido claro de una cítara
como brioso respiro de la vida.

ATARDECER EN TORRE TAVIRA

Cádiz

Arriba, donde el viento enseñoera
sus levantiscas ráfagas
y los ojos encuentran
barcos que en la bahía
recalan su cansancio;
allí, por donde cruzan las gaviotas
en su peregrinaje hacia la orilla
y está el cielo bruñido tan cercano
como una tarde antigua,
ves la cámara oscura.
En ella la ciudad
sube hasta la mirada
el humano trasiego
de sus calles fogosas,
que, fieles, dan al mar
el encuentro salino.

Cuando va anocheciendo en el paisaje
de miradores altos y veletas,
el sol, ascua que muere,
en las aguas esparce
su rojiza agonía.
Y Cádiz centellea
como coral surgente,
y su luz ensoñece las pupilas
que, rendidas, contemplan

el salobre fulgor que las deslumbra.
En la cámara oscura
su sombra y el deleite en el latido
se funden en el fuego
que acrisola el entorno,
donde el mar, leal amante,
reitera el beso blanco de la espuma.

EL CAMIONERO

El frenético giro
de metales veloces
y el riesgo imprevisible
sobre el trazo infinito.
Y el hombre –su mirada
celante de la ruta
y los brazos flecheros
como tensados arcos–
con su arnés de paciencia
batalla denonado
contra el rigor del tiempo
y su monotonía.

CONFÍO

Yo dejaré mis versos en la arena
aun sabiendo que el mar
ha de sumirlos
en el fosil del tiempo.
Confío que en otro día
regresen mis canciones
como vuelven las olas,
eternas, a la orilla.

MIS PALABRAS

Estas son mis palabras
para decir qué siento
cuando mengua la vida
la visión luminosa de los ojos
y en los labios engendra la duda del olvido.

Estas son mis palabras,
dichas sin amargura,
generosas ofrendas sacralizando un sueño:
amor, tristeza, gozo, claridad de la rosa...

Mis palabras son estas.
Las seguiré cantando mientras mi voz sea llama.

TODO ES LUZ

Por el balcón abierto
entra la claridad del nuevo día;
y esta luz que comienza
a iluminar el mundo
va recobrando vuelo de gaviotas,
palmeras de ramaje veleidoso,
incansable oleaje...

Nuevamente novicio,
viviendo este momento
paladeo la ventura
de saberme aún aquí.

Y todo es luz:
fuera cansancio, duelo,
dolor de atardecida, sueños grises.

La vida ante mis ojos
esta mañana mía
que, oferente, se alza frente al eterno mar.

ESPEJOS

La nieve cede bajo mis pisadas,
y siento que mis pies rompen espejos
que reflejan candor, luz impoluta.

Algo acerado y turbio está infligiendo
duelo a mi corazón, porque esta azogue
que recoge la luz pura del alba
y muestra la inocencia de este cielo
que es bello y limpio en el amanecer,
pierde el blancor de la niñez luciente,
la amalgama del tiempo y el deslumbre.

Algo, sin yo querer, me está llevando,
desorientado y tardo, a ensombrecerme
haciendo duelo de este breve sueño
que mis pasos profanan torpemente.

ALLÍ

Más allá del claror
de la mañana,
del despertar feliz de los gorgoros
bajo el azul creciente,
está mi corazón.

Más allá que el placer
de las espumas
ciñendo tersos cuerpos
en un salobre abrazo,
está mi corazón.

Más allá del deleite
de la hierba,
que escucha a los amantes
confidencias y sueños,
está mi corazón.

Allí donde tu fuego
enciende la mirada,
y su corriente férvida
desemboca en el éxtasis,
está mi corazón.

Y SERÁS MAR

Cuando la tarde
aloje en tu mirada
su sangrante estertor,
contempla el mar;
verás cómo vacía
su latido de fuego
en tus sedientas venas.

Y cuando ya la luz
no constele la sal,
se hará tu corazón
noche profunda,
ensayo de la noche
verdadera.

Y serás mar.

MADRIGAL

De todos los momentos que he soñado
el que mantiene viva la memoria
en este tiempo de melancolía,
es el recuerdo de aquella mañana
cuando soltaba el aire sus cabellos
para cegar el sol, y en su cintura
hacía agasajo a la mirada amante
con el mecido vuelo del vestido.

De todos los momentos que han pasado
como cuajados sueños, permanece
este que ahora me lleva a la nostalgia,
tan vivo y tan feliz que todavía
siento alzarse en mi pecho, retornando,
aquel fulgor dorado que mostraba
su elevada presencia, hermoso sueño

EVOCACIÓN

Y como era aquel tiempo
pasional y vehemente,
íbamos por la orilla
celebrando la noche.
(Nuestros pies, por el agua;
y en las voces unidas
Volare de Modugno)

Nos pesaba el ropaje,
el reloj y las dudas.
Pero estaba la noche
tan íntima y votiva,
que echamos nuestros cuerpos,
ya desembarazados,
en la arena desnuda.
(Sobre nosotros gaviotas rasantes,
bello dosel alado)

La ciudad se acercaba
por sus calles salinas,
y debió vernos.
Su alegría cubrió el mar,
y las olas llegaban
más suaves y cálidas.
(Cercanas, partían barcas
a su argéntea faena;
y se escuchaban palmas salmodiando
tanguillos caleteros)

Pocas noches tan nuestra
como aquella.
(Pienso en Cádiz, su mar,
las sombras confidentes;
y añoro la ardorosa
plenitud en la entrega,
salobre evocación de un sueño compartido)

EL TIEMPO CONCEDIDO

Enseñas negra y blanca,
sobre el tablero están
los contendientes:
la muerte y el latido.

En la tenaz partida
los movimientos siempre
se repiten.
El perdedor, inerme,
ve cómo va mermando
el tiempo concedido,
hasta que en un día aciago
la jugada final debela su respiro.

En estas lides sin incertidumbres,
la muerte siempre impone
su tajante dominio.
Por eso, esta partida
con su final previsto no hace adeptos.

UNA SOMBRA

El muchacho
–resol su cuerpo
en la mañana ardiente–
llegaba hasta la orilla,
se sumergía en las aguas
y las hacía brasear.

En la ribera, un hombre
lo observaba;
y sumía en sus ojos
la pujante cadencia
de sus brazos,
su destellante estela
sobre el río transparente.

El hombre contemplaba
la viveza
del tiempo en lozanía,
y buscó en su memoria
aquel muchacho que en su amanecer
desprendía claridad
en la corriente cálida.
(¿Dónde la edad dorada,
el fulgente respiro del comienzo?)

Siguió mirando el río;
se iba volviendo turbio:

fatigada, la luz se hacía difusa;
y las aguas pasaban presurosas y frías
camino del ocaso.
Ya no veía al muchacho.
Lejanas, distinguió confusamente
brazadas de una sombra fundiéndose en la noche

DESTINO DEL DESEO

La muchacha,
alegre en la ribera,
frente al mar
atezaba su cuerpo enfebrecido.
El sol se ensortijaba
en sus cabellos,
y recorría su piel enarenada
para afincar en ella
el ardiente destino del deseo.

El mar iba y venía
hasta el límite incierto
donde las olas reincidían continuas
para alcanzar el trato deleitoso
y gozarlo en sus aguas.
El sol y el mar pugnando,
y la muchacha hirviente
mitigando su ardor en el oleaje,
dejándose llevar mientras deslumbra
el fulgente resol que centellea
tras su brillo carnal.

Un hombre la observaba, y le latía
el clamor de la sangre
mendigando fervor de juventud,
consumación de un sueño.

La contemplaba absorto, y le dolía
su respiro dudoso, la flaqueza,
que le impedían pujar
con el sol y las aguas,
para sentir, de nuevo, el dorado frescor,
memoria acariciante de su luminiscencia.
Se supo ya vencido, y se vio inerme
ante el rigor del tiempo.

Sus ojos, empapados de vejez,
veían el desmoronamiento de la vida.

DESAMOR

Pero la carne siente el desamor,
se mortifica con el desengaño
de no ser dura, como lo es la piedra;
y arrastra en su tristeza el abandono
del palpar ardiente de otro cuerpo
con el que culminaba su pasión.

La carne es débil; sufre y enloquece
cuando le aflige la desesperanza.
Y la piedra mantiene su dureza
porque ella desconoce el desamor.

EZRA POUND

Si un día vas a Venecia
entra en el laberinto
de calles enclaustradas
por el agua que ahorma
en ellas su angostura.
Atraviesa los puentes
que unen viejas fachadas,
donde el mohecido mármol
soporta el maridaje
con el mar aquietado.
Escucha los silencios
de jardines en sombra,
pasa por callejuelas
ahítas de tránsito,
y pregunta, se acuerdan.

Encontrarás la casa
en donde convivió
el hombre americano
de ojos inquisitivos,
que cantó en limpio verso
la belleza punzante
del tiempo detenido.

Se llamaba Ezra Pound.

MUERE LEOPOLDO PANERO

El cadáver yacía sobre la cama.
Cancelada su voz, ya era despojo
de poemas y frialdades.
Temblorosa, la casa congregaba
el lloriqueo aturdido de los hijos;
y la madre, privada ya del verso
y la esquiva palabra enamorada,
abría la puerta dejando pasar
dolientes campesinos,
que ascendían a la alcoba mortuoria
a susurrar sus rezos.
Recordaban al poeta bajando renuente
del coche que acudía en horas imprevistas,
e irse, trastabillando,
hacia la casa del desposeimiento.
(En la terraza zureaban palomas,
y a lo lejos un tren iba pasando
unido inseparable a la brillante vía)

La mujer retornaba a contemplar
al hombre ya vencido,
y evocaba un camino compartido
en días tormentosos.
Los niños, mutilados en su afecto,
se sentían como ramas desgajadas
de un árbol que no prodigó su sombra.

Entristecida, la mujer miraba
cómo la luz crepuscular cubría
la rigidez del muerto.
Se había enlutado el aire,
y el hombre, despojado del latido,
yacía ajeno a su vida, hecha recuerdo.

Como aversión naciente,
la fiera hiel del tiempo
había ya comenzado a malherir
la hermandad de la sangre.

Y el hombre era ya ausencia, solo ausencia.

EL BUCEADOR AHOGADO

El ahogado no sabe del paisaje sumido
en el silencio gélido e inmortal de la noche,
ni conoce que el tiempo en las aguas clausure
caricias en el cuerpo que las hendió profundas
y liberó en los pecios la visión desvalida
de herrumbrosos metales.

Y sus ojos –ardientes en deseos
de ver cómo se encrespa el voraz oleaje
y le deslumbra el alba palpitante
irisada en escamas–
ya han perdido en el duelo
entre el negror eterno y la ávida mirada
que tanto empeño puso en clarecer lo hundido.

El ahogado no sabe que es sombra en soledad,
sumergida en parajes acallados,
sin tiempo en el fosal salino del olvido.

VUELO DESPEJADO

Si pudiera enfrentar mi corazón
con el cruel calendario
para borrar en él los días y las fechas,
entregaría a la sangre un reguero sin límite.

Si pudiera traer a la mirada
el pájaro de luz que había en tus ojos,
y en un vuelo espejado
ascender al azul de los deslumbres,
haría perenne nuestra amanecida.

Si pudiera agostar la mies oscura,
aventaría el trigal, y en su pureza
sería el maná para los aflijidos
que cruzan un desierto interminable.

Pido y pido, sabiendo
que nada de ello me será otorgado
pues todo está fijado para siempre.
Pero es tanto el deseo...

VOZ HONDA

La emoción del poema
no es solo la palabra
que palpita fecunda
en el hondón del sueño.
También lo es su tristeza,
que en el cauce sonoro
apenumbra el respiro;
o la alegría vibrante
en los cuerpos candentes
tras el rigor del frío.

El poema es la voz clara,
la urdimbre de los días
que entrelazan dolor,
ausencias, alborozos;
torrente apasionado
que venas reveladas
llevan al corazón
y afondan sentimientos
que cuajan en la sangre.

DELIRIO

¿Qué ha pasado esta noche?
desposeyó emotiva
de nuestros cuerpos trémulos
el lienzo que impedía
mostrarnos cual amantes
de la gozosa luz.

Tanto tiempo aguardando
que se disipen sombras
y se muestren votivos
los brazos conciliados,
que se eleve el fragor
en la hoguera nacida
de la creciente entrega,
y que cubran las llamas
como estremecimiento
que abrasa, y funde en uno
los sueños contenidos.

Noche tan generosa,
que con estrellas vírgenes
ha colmado la alcoba,
y ahora ya conocemos
el universo amante.

Nuestra ha sido esta noche,
feliz descubrimiento
del delirante impulso,
de claro amanecer.

ASTRAL

¡Ay Dios! qué fervor siente
mi corazón amante
cuando beso su piel, que emana primavera,
y me entrego gozoso a este lumbror astral
para que mi alma sienta
cómo será la estancia junto a ti
en ese Paraíso sideral, donde habitas.

Dios mío, que las estrellas y el deslumbre
sean sangre y día nacido
para esta alzada unión,
que ahora buscan mis labios
sobre la piel celeste de la mujer que amo;
que el corazón encuentre tu presencia,
logro de ser el alba eternizada.

Deja que un día a tu lado
nos hagamos perpetuos
en ese cielo ingrávido que alienta,
con su imantante luz, nuestra esperanza.

AGUARDO

Esbozo del fulgor que ya decae,
tu cuerpo va adentrándose
en el doliente mar
por el río que se extingue.

Quizás alguna luz
-innominada, pura-
te guiará hasta el silencio,
a mi impuesta presencia;
allí, donde el naufragio
me hará pecio aguardando
tu voz navegadora
llegando a la profunda
quietud de ese destino,
eterna travesía de los amantes.

LAS CINCO DE LA TARDE

Aquí la acometida,
la furia de tormenta desatada
frente al paño rojizo
que desafía en la plaza su presencia.

Aquí los manantiales
de sangre arrebatada,
el brío que va cediendo
pujanza en el embroque.

Aquí la áurea liturgia
la exaltación del riesgo,
los graderíos de voces desbordadas.

Aquí la ritual llamada de metales
convocando los tiempos de la muerte.

Aquí, donde la arena
es ara de clamor y de agonía.

CANDILEJAS

Charlie Chaplin

Desde los escenarios
Calvero había fingido
sonrisas tantas veces,
que esta noche,
cuando la realidad
de la muerte lo lleva
a la desesperanza,
él, aupado por aplausos,
definitivamente hacia su último mutis
mientras que Colombina
danzaba ante sus ojos,
que de nuevo fingían
mientras iban perdiendo
el brillo alboreado de un desprendido amor.

Tristemente, sonaban los violines
bajo las candilejas.

GINGER Y FRED

¿Acaso no sentían envidia las palomas
cuando ascendiendo ingravidos,
flexibles como juncos cimbreantes,
aleteaban parejos al compás
de la armónica música?

¿Y el rítmico repique de sus pies
no hacía majestuoso el equilibrio,
conjunción caudalosa del deslumbre
y el palpitante ensueño de sus giros?

Eran Ginger y Fred solazando el respiro,
y también las palomas, su cálido reflejo.
Y era el latido joven de nuestra alegre sangre
disfrutando del sonoro fulgor, despliegue
perdurable en el tiempo de nuestra adolescencia.

**Ginger Rogers y Fred Astaire, bailarines
en películas de la época dorada*

CANCIÓN

Por la calle abajo
camino del alba
trota mi caballo.

Jinete temprano,
azuzo las riendas:
ya voy galopando.

Y en las rocas frías
de la amanecida
chispean sus cascos.

PEQUEÑO DIOS

Es el invierno, y nieva.
Un aire entristecido balbucea
en el vaho nebuloso de los labios.
Expectante, la calle se detiene
como un temblor de pulsos ateridos,
y hay un niño gozando bajo copos
la gélida caricia del milagro.

Detrás del ventanal un hombre evoca,
con el cálido aliento del recuerdo
que da a sus ojos blanca lejanía,
el deslumbramiento que aún late en su memoria.
Él conoció otro día en puridad la nieve,
y jugó desprendido, colmado de alegría
sintiéndose hacedor de construcciones
y muñecos sedentes; como un pequeño dios
que recibió en sus manos la belleza más pura,
su fugaz permanencia.

Ahora, otra nevosa lluvia, desolada y oscura,
anochece en su sangre fatigada
y cuaja la nostalgia de su edad inocente.

HIJOS

¿Qué os dejaré al marcharme
para que mi recuerdo
perdure en lo profundo
de vuestros corazones?
¿Quizás mi amado verso
donde apenado busco
la perdida presencia
de vuestros breves años;
de cuando era la vida
acogedora y tierna
como el cálido pecho
donde el blancor cuajaba
su pureza en los labios?
¿O la atenta vigilia
para que el aire turbio
no os trabara los pasos
en el umbrío temblor
de las horas grisáceas?
¿O mis libros, fanales
reservando palabras
con las que os inculcaba
la armonía con el mundo?
Poco más de esto os dejo.
Acaso, ecos y luces
del hermoso camino
desde la amanecida
hasta el penoso adiós.

Después, mirad mi sombra
velando los latidos
de la doliente ausencia,
y en vuestras voces huérfanas
será canción de júbilo
el recuerdo entrañable,
el tiempo recobrado:
la savia del poema
que se acrece dichoso.

LA VOZ SALINA

Dejo en el aire mis palabras
como un adiós de despedida.
Cercano estoy del mar; puja mi aliento
orientado penoso hacia su orilla.
Allí, la voz salina me reclama
con sus blondados labios, y porfía
ofreciendo la paz de eterno pecio
sin el dolor salobre de la herida,
que clausure perennes mis palabras.

La tarde va cayendo. Ya declina
el jadeante respiro de mi pecho.
Pero tardea el rigor de la partida,
y, aún renuentes, mis pasos en la arena
hacia las aguas mi destino acercan.

LLAMADA

¿Adónde vamos silenciosamente
ajenos al dolor y la alegría,
dejando atrás un tiempo que se pierde
después de la zozobra de vivirlo?

Hay un Dios que nos hizo barro y sueño,
y se olvidó que aquí quedamos todos
amando y perjurando cada día,
sin escuchar su voz, que reclamamos
para implorar la sangre redentora
en inmisericorde y negra herida
que sangra en desmesura, incontenible
desde que conocemos cómo vamos
llevando nuestros pasos a la tierra
que sumerge el latido en el silencio.

Yo deseo conocer adónde vamos
a rendir las palabras y los hechos
de nuestra extinta estancia,
y quién ha de juzgar nuestra memoria,
generosa o cainita, y conocer si Dios
atiende y nos acoge eternamente
en su universo ansiado, inescrutable.

DESPEDIDA

El mar embravecido
se amansa en esta noche
y acerca su oleaje,
despacioso y silente,
al umbral de la casa.
Le abro la puerta; entra
esparciéndose plácido
hasta cuartos que habitan
los cuerpos atezados,
que han gozado con él
las horas ardorosas
del verano que acaba.

Nos ve. Nos acaricia
en una silenciosa despedida,
y lentamente vuelve
a su orilla. Ya en ella,
recobra su pujanza.

La casa, ensoñecida,
recuerda con su adiós
largos días de bonanza,
de espuma sonora
y asalitrado fuego,
que en esta noche fraguan
la tierna despedida
tras alegre hermandad
fijada ya en el tiempo.

EPÍLOGO

RICARDO SENABRE*

Maestro:

ya han pasado tres años
desde el día en que ascendiste
al venturoso azul,
y no nos resignamos,
privados nuestros ojos de tu humana presencia,
a la pérdida triste
de la bella armonía de tus palabras.
¿Dónde hallar el claror de tu sabiduría,
la imanante atracción de tus conocimientos?

Yo tengo mi escritura desolada
porque tú, tan cabal y permanente,
habitas ya en la altura de los privilegiados,
y mi verso no alcanza, privado de tu luz,
este distanciamiento de la voz verdadera.
Y deseo escuchar tu lúcida opinión,
confiando, maestro,
que ha de llegar el día
de un encuentro anhelado con tu amistad profunda;
un encuentro sentido
en la glosa pujante de tu sinceridad.

Y es que ahora mi sangre dolorida
late deshabitada por tu ausencia,
y un eco desvalido evoca en la memoria
el sentimiento puro de la recordación.

**In memoriam*

ÍNDICE DE POEMAS

TARDE CERRADA (1989)

Tarde cerrada	27
El corazón del tiempo	28
Mi geografía	29
El instituto	30
Otra mañana	32
Debisteis conocerla	35
Recalada	36
Hijo	37
Ausencia	38
Añoranza	39
Viento de ayer	40
Primavera	41
Mérida	42
Cádiz	43
Cante jondo	44
Casablanca	45
El poema	46
Los que nos vamos	47
Últimos poemas	48

CRESTERÍA DE LA SAL (1990)

III	49
IV	51
XI	52
XV	53

CONSUMACIÓN DEL TIEMPO (1991)

Estrella de los juncos	55
Fragante embocadura	56
El sur	57

En la doliente noria.....	58
Toro rebelde	59
Un morado silencio.....	60

PÁRPADO DE ESPUMA (1992)

Tiempo indeseado.....	61
La trilla.....	63
Mi calle.....	65
El milagro	66
Invernar	68
La noche.....	69
La trampa.....	70

VOZ DISTANTE (1994)

Tiempo de luz	71
La cadena.....	73
Los gatos	74
Luz	75
Dios de la alegría	76
Viento del levante.....	77
Mi padre	78
Ceniza apasionada.....	80
Mar	81
Eternidad	82
Rezos	83

MEMORIA DE LA LUZ (1998)

La magia de la luz	85
El esplendor.....	87
Mi voz, al aire.....	89
Agua abierta	90
Y fingirán las aguas	91
Música viva.....	93
Niebla	95

Resplandor.....	96
La música del mar	98
Sirena.....	99
Campo de trigo con vuelo de cuervos	100
Breve encuentro.....	103
Viento.....	104
Aparición.....	105
Y se aleja	107

VERSOS RECOBRADOS (2000)

Con ellos.....	108
Van Gogh.....	109
Tormenta	110
Pío Baroja	111

LAS AGUAS LITORALES (2001)

Tendrá	112
Danzarina	113
Tierra de adentro.....	114
La cita.....	115
Siesta.....	116
Vendedora de pescados	117
Juan Ramón Jiménez.....	118
Retorno	122

LAS ASCUAS (2002)

Las ascuas	123
Otro día.....	124
El estrago	125
La lectura	127
Paraíso.....	128
Verano en el teatro romano.....	130
Despertar	132
La verdad	133

El que aromaba el aire.....	134
Presencia.....	135
El hombre que se va	137
Final.....	138

LAS PUERTAS DE LA SANGRE (2005)

Tu voz.....	139
El mundo amanecía.....	140
El resplandor del fuego	141
La noria.....	143
En la fecha cumplida.....	144
Otoñal	145
Marina.....	146
Un resquicio	147
El aldabón.....	148
Niebla impura	149
Ítaca	151
Libros	152
El despojo	153
Vientos	155

LA SOLEDAD DE LAS ARENAS (2007)

La sonería	156
Deseo.....	157
La celebración	158
La duda	159
El rayo	160
La veleta	161
París.....	162
La orquesta del <i>titánic</i>	163
Venecia.....	165
Pepe luis vázquez cita al toro	166
Esos días.....	167
Meditación.....	168

EL AIRE VERDECIDO (2008)

Sangre caliente	169
Círculos.....	170
Cristales apagados	171
Cantando bajo la lluvia	172
Olivareros	173
Far-West.....	174
Ensueño	175
Un corazón sin sombras	176
Latido astral.....	177
Eco lejano	178

LA GRANAZÓN DEL FRÍO (2010)

¿Adónde?	179
Fidelidad	180
La mudanza.....	181
En Mérida.....	182
Cantata al visitante de Mérida	183
Pronunciando tu nombre	185
Callejón de los negros.....	186
Pedernales.....	187
Racimo	188
Como pábilo.....	189
El río.....	190
Según.....	191
Desaliento.....	192

LA MIES ENCENDIDA (2011)

El bosque	193
Momentos de ceniza	194
El arroyo	195
Bandolero	196
El tercer hombre	197
Atardecer en torre Tavira.....	198

El camionero	200
Confío	201

COMO UN ADIÓS DE SEDA (2014)

Mis palabras	202
Todo es luz.....	203
Espejos	204
Allí	205
Y serás mar	206
Madrigal.....	207
Evocación	208
El tiempo concedido	210
Una sombra	211
Destino del deseo	213

Y EL ALBA NO VENDRÁ (2017)

Desamor.....	215
Ezra Pound	216
Muere Leopoldo Panero	217
El buceador ahogado.....	219
Vuelo despejado.....	220

LA PUERTA DEL ADIÓS (2019)

Voz honda.....	221
Delirio	222
Astral.....	223
Aguardo	224
Las cinco de la tarde.....	225
Candilejas	226
Ginger y Fred	227
Canción.....	228
Pequeño dios.....	229
Hijos	230
La voz salina	232

Llamada	233
Despedida.....	234

EPÍLOGO

Ricardo Senabre.....	235
----------------------	-----

Rufino Félix nació en Mérida, ciudad que le nombró Hijo Predilecto en 2003.

BIBLIOGRAFÍA.

Tarde cerrada, 1988

Crestería de la sal, 1990 y 1994

Consumación del tiempo, 1991

Párpado de espumas, 1992

Voz distante, 1994

Memoria de la luz, 1998

Versos recobrados, 2000

Las aguas litorales, 2001

Las ascuas, 2002 (Premio Ciudad de Salamanca)

El tiempo y el mar, 2003

Las puertas de la sangre, 2005 (Premio Ciudad de Badajoz)

Incluido por la Universidad de Oxford en su

Tratado de Lengua castellana y literatura

La soledad de las arenas, 2007

El aire verdecido, 2008

La granazón del frío, 2010

Mies encendida, 2012

Como un adiós de seda, 2014

Y el alba no vendrá, 2017

La puerta del adiós, 2019

Reencuentro, 2019

El tiempo y el mar II, 2020

|FUNDACIÖN**CB**